3 1761 09545376 7

V. SUAREZ
PRECIADOS 48
MADRID

MAR AFUERA

ES PROPIEDAD

LS
G934m

Biblioteca "PATRIA,, de obras premiadas.—Tomo XVI.

MAR AFUERA

NOVELA ORIGINAL

DE

ANGEL GUERRA

ILUSTRACIONES DE LUIS PALAO

263417
18·1·32

(Edición «Premio colectivo»)

OFICINAS:
FUENCARRAL, 138, 1.º, DERECHA
MADRID

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falaz y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.

MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»).

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.

PREMIO COLECTIVO

PARA EL

FOMENTO DE BUENAS LECTURAS

Fundado por los siguientes nobilísimos bienhechores de la moralidad y el arte en las obras — — — — literarias. — — — —

Sr. D. José M.ª Molina, Párroco.
Sr. D. Vicente Balseiro.
Sr. D. Gabriel Montesinos y Donday.
Sr. D. Enrique González del Busto.
Sra. D.ª Manuela Díaz Gómez.
Sr. D. Enrique Spínola Ortiz.
Sr. D. Carlos Sagrera y Bosch.
Sr. D. Pedro Ruiz Ramos.
Sr. D. Atanasio García.
Sr. D. Jesús Velázquez Aguado.

... y lo recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.

† ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.
ARZOBISPO DE TARRAGONA.

(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).

A Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo, con todo afecto y gratitud,

Angel Guerra.

Madrid, Marzo de 1907.

MAR AFUERA

I

CALANDO EL CHINCHORRO

¡Ah, de tierra!

Al grito que lanzaba Goro desde la proa de la barca que se acercaba al empuje de las aguas, los remos en descanso, lentamente á la orilla, la gente que traginaba en la playa, se corrió presurosa hacia aquel lado.

—¡Venga! gritó á su vez «Cangrejo», un mozo recio, coloradote, pelirojo, de rostro tostado por el sol y curtido por el aire de la mar.

Con un esfuerzo del brazo, desde la barca arrojó á tierra Goro la cuerda enrollada.

Bien pronto la desenvolvieron y comenzaron los marineros á tirar de ella. Tensa, fuerte, tendida sobre el haz de las aguas, chapoteaba el hinchado lomo de las olas que venían desde lejos á romper, espumantes unas veces, con manso desperezo otras, en la arena, color oro, de la playa.

En fila, con las manos en la cuerda, los marineros, viejos y mozos, tiraban con acompasado y enérgico esfuerzo. Más allá, en la misma playa, á un centenar de brazas de distancia, otro grupo tiraba también de la otra cuerda. Sacaban el chinchorro.

Resollaban afanosos los marinos en aquel trabajo rudo. Para animarse, y sobre todo para acompasar el tirón de las cuerdas, á una voz y con intérvalos regulares, exclamaban todos:

—¡Aaaaa!... ¡juí!

Las mujeres, también en la playa, seguían con los ojos el avance hacia la orilla del chinchorro. Algunas, más varoniles, se unieron á los grupos para ayudar en la faena.

—¡Pesa, pesa!

—A fe, que sí.

—¡Buen copo viene!

—¡Aguaje en contra!

—O lastre de *sebas*.

—*Morralla* y arena.

—Peces, me creo.

De un extremo á otro de la fila de hombres corría el comentario de la pesca, cada cual despachándose conforme á su receloso cavilar. Pulsando la cuerda creían adivinar lo que en la bolsa arrastraba el chinchorro; mas siempre activos é incansables, seguían tirando á la voz común:

—¡Aaaaa!... ¡juí!

En tanto la gente de tierra sacaba la red á golpe de brazos, la barca, con Goro y el viejo Celipe á bordo, colocada detrás del

chinchorro, seguía el avance de éste, manteniendo la guardia con los remos metidos en el agua. Al servicio de ellos, sudando y fatigoso, sentado en el banco y los pies clavados en los bordes de las cuadernas, de espaldas á la playa, estaba el viejo Celipe. De vigía, espiando los azares de la pesca, en la proa, sondeaba con los ojos el agua Goro, atento á gobernar la barca dando las oportunas voces:

—¡Boga!... ¡Zía!...

No tardó la red en abordar la playa. Saltaban los peces, blanqueando sus escamas al sol, intentando salvar las mallas, entre las cuales quedaban prisioneros. A flor de agua, ignorantes del peligro ó bien asustados, otros asomaban el lomo negro, y algo como una sombra movíase á ras de las olas. Para que al huir enmallaran los peces, Cata, metida en el agua que mojaba su falda, golpeaba las ondas, y el mujerío gritaba como si sus voces también contribuyeran á espantar la «morralla», el pescado chico que audaz llegaba hasta el seco de la ribera y sobre la arena se revolvía esperando la onda que de nuevo se lo llevara.

—¡Uy! ¡Santo Dios!

Fué de espanto la exclamación de Cata, huyendo presto del agua. Un recio coletazo agitó las ondas salpicando gotas á lo alto. Luego se vió el rastro que dejaba el pez al huir, un movimiento rectilíneo á flor de agua y el blanco repulsivo de una aleta que se agitaba en el aire para caer pesadamente sobre el mar.

—¡Una *manta!*

Al embestir la red el pez, sintieron el brusco golpe los hombres que tiraban de la cuerda, hala que te hala, arrastrando el chinchorro hacia tierra.

—¿Enmalla?

—No.

De nuevo retrocedía hasta la playa. Al quedar en seco, negro, monstruoso, aleteando con desesperado ahinco, se retorcía el enorme pez, ágil la ahilada cola, pronta á cortar como una sierra, blancos los dientes de asesino aspecto, blanca también la carnaza de sus grandes aletas móviles, que chapoteaban con furia el agua tibia de la orilla.

—¡Cudiao!

—¿Eh? ¡Un bichero!

Rápido revolvió en el fondo de la barca Goro en busca del *bichero*, especie de arpón.

—¡Va!

Antes de que Goro lanzara el palo con el garfio de hierro que lo remata, la gente de la playa se desparramó.

Cangrejo enganchó entonces el pescado, que comenzó á revolverse fiero sintiéndose acosado y herido. La sangre enrojecía el agua tibia y la espuma que burbujeaba sobre la arena húmeda, suavemente dorada. Arrastrado el pez hasta dejarlo en seco, abría surco en la playa y tras sí señalaba una huella roja.

—¡Las canastas! Al avío, ¡vengan las canastas!

Mientras los hombres limpiábanse el su-

dor con las mangas de sus camisetas ensalitradas, y se atrafagaban en enrollar de nuevo las cuerdas del chinchorro, las mujeres entregáronse á sacar de las mallas el pescado. A través de la oscura red plateaban las sardinas y el pescado blanco. Coleaban vivos, con estremecimientos de asfixia, prendidos por las agallas, abiertas, sanguinosas.

—¡Buen copo!

—No es malo...!

Más de cuatro cestas de carga se recogieron. Magnífica cala había hecho el chinchorro del viejo Celipe. Sabía ojear y cuando echaba la red, seguro estaba de que no vendría el copo vacío. ¡Cualquiera le ganaba á conocer los sitios á lo largo de aquella parte de la costa!

Ya estaban allí las sardineras, compradoras del pescado que llevaban tierra adentro, afrontando los pésimos caminos de herradura y las espantosas veredas por aquellos riscos á espaldas de la inmensa landa, ó que se encaminaban á la lejana ciudad, de noche, á la luz de las estrellas, anda que te anda, tras los acansinados borricos, con los serones á cuestas y en ellos la pesada mercancía, para llegar con las primeras luces madrugueras y tornar antes de sol puesto al lugar de partida. Y así casi todos los días, sin descansar y con unas ganancias míseras.

Arremolináronse las sardineras en torno á las canastas donde los peces, aun vivos, rebullían, húmedas las escamas.

—¿A cómo?

—A rial plata, ni cuarto menos.

Se enfurecieron las mujeres. Era un escándalo subir el precio.

Cata, la hija del patrón Celipe y mujer de Goro, con los brazos en jarra, delante de las cestas, aguardaba las demandas.

—¿Qué...?

—Nada. Es caro.

—Rebaja.

—No; mañana domingo no salen las barcas, replicábales Cata.

—¿De esas te vales?

—¡Ganguera!

—¡Coiciosa!

Daban voces irritadas las sardineras increpando á Cata. Ella, impertérrita, sonreía excitando más la cólera de las compradoras.

—¿Queréis?

—¡No!

Todas, con ademanes de indignación, hacían movimiento de marcharse.

—¡Habráse visto!

—¡Trágatelo!

—¡Que se pudra!

—¡No faltaba más! ¡Chupar sangre de probes!

No se daba por ofendida la muchacha. Sabía que á la postre las sardineras se avendrían á comprar. Contestábales con desdeñoso mohín de la boca:

—Bah! ¿No queréis? Pues á salarlo! Era la frase de efecto. Ante la tenacidad de Cata, cedía el brío de los levantiscos ánimos.

Era capaz de hacerlo y entonces ¡adiós ganancias!

De nuevo, con gesto malhumorado, refunfuñando entre dientes, volvían á arremolinarse en torno de las cestas. Entraron en tratos. Cada uno pidió la cantidad de pescado que necesitaba para la reventa. Aún riñeron entre sí, disputándose el turno en el despacho.

—¡A mí, que voy lejos!

—Aguanta.

—¡No arrempujar!

—Yo ¡que tengo el chico esmorecío!

—¡Y yo entrar por casa de mi comadre!

Se daban codazos, inquietas, ariscas, siempre voceando. Sólo una, Bastiana, miraba quieta, alejada del grupo, con ojos lastimados de tristeza, la venta del pescado y asistía al pacífico disputar de las compañeras.

De pronto chilló Colasa con voz descompuesta.

—¿Qué? ¿Nos robas?

—¿Qué hablas?

Y al contestar así, la mirada de Cata se encendió en cólera. Paró la faena, ansiosa de riña.

—Lo que oyes. Nos robas!

—¿Yo?

—Sí; no es cabal el peso.

Fijáronse todas las mujeres en las pesas de madera y en las piedras que servían como pesos. Había en ellas como un cruel deseo de que se corroboraran las sospechas de Colasa. No quedó mano que no examinara

el artefacto con ávida prolijidad. Sentían todas un rencor secreto contra Cata, como contra las demás mujeres de marineros que les vendían el pescado. Era un rencor viejo que nacía de los tratos, en donde unos y otros ponían una enorme codicia. A diario reñían, se insultaban, acabando por amistar de nuevo. De las iras regateando el precio pasaban fácilmente las sardineras á las razones más prudentes y hasta á las palabras aduladoras con el afán de obtener una rebaja y en ocasiones un favor en días de escasez de dinero.

Bien pronto terminó la venta. Poco pescado quedaba en la cesta. Con las manos llenas de escamas y sangraza revolvía Cata los restos en el fondo de una canasta. Era poco.

Al advertir la presencia de Bastiana, sola, con ceño entristecido, que la miraba sin acercarse, Cata le habló.

—¡Eh! ¿No mercas?

—No...

—Queda.

—Si me fías...?

La voz llorosa de Bastiana, al indicar la súplica, velábase como avergonzada.

—Más? Tramposa! Fiarte!... Paga y no llores.

En verdad, Bastiana lloraba hipando con desconsuelo.

—¡Ni qué comer!... sollozaba, mientras con el dorso de la mano limpiábase los ojos lagrimeantes.

Playa adelante venía el viejo Celipe. Ya

habían varado la barca y retornaba á casa. Al pasar junto á su hija, paróse.

—¿Cuánto has hecho?

—Casi una miseria.

Fijóse entonces el viejo en Bastiana, y la habló bromeando.

—¿Cuánto has mercado?

—Nada.

Cata, con aire burlón, apresuróse á añadir:

—Quiere más fiado.

Ya sabía el viejo los apuros domésticos de Bastiana. Cerca de un año llevaba ya el marido en cama, tullido, solo entre las cuatro paredes de la casa, mientras su mujer ganábase trabajosamente un jornal con que sobrellevar los apremios domésticos.

—¡Dale el pescado!

Aún refunfuñó Cata. Bueno que su padre pusiera en riesgo de no cobrar su soldada, pero ella no se avenía á malgastar la parte de Goro, su marido.

No hubo más remedio que dar á Bastiana el pescado, tras el regateo de Cata respecto á la cantidad. ¡Con cinco libras tenía bastante! Y luego ¡para no pagarlas!

Cuando tuvo en la cesta el pescado, el rostro de Bastiana alegróse con expresión de regocijo íntimo. Sin embargo, un sentimiento de vergüenza cohibía sus palabras.

No tenía borrico como las demás compañeras. Era demasiado pobre y se veía obligada á cargar el cesto á la cabeza, andando con fatigas las veredas de los riscos y los caminos hacia los caseríos y los pueblos

enclavados más allá de los altos picachos, en la entraña de la sierra.

—¡Con Dios!...
—¡A más ver!
Ayudó el viejo á cargar los canastos va-

cíos á su hija. Con la cesta á cuestas, Bastiana emprendió el camino, y su gemir doliente, medio ahogado, se escuchaba aún. Tal vez siguiera oyéndose á lo largo del llano..

II

AÑOS ATRÁS...

TRES hijos había tenido en su matrimonio con Pepa, el viejo Celipe. Ya no quedaba más que la muchacha, hermosota, morena y casamentera. Los chicos varones habían muerto en temprana edad. Aquel sol asesino los fué matando. Cayeron enfermos de insolación y las manos piadosas de la madre los fueron amortajando uno á uno. No halló ella, bien pronto, manos cariñosas que le vistieran la mortaja. Niña aún Cata, vecinas compasivas lo hicieron. Fuerte ante el dolor, con espíritu bien templado por las luchas del mar para los graves quebrantos de la vida, Celipe no lloró ante la muerta. Secos los ojos, en silencio, acurrucado en un rincón de la casa, vió cómo sacaban en hombros de cuatro marineros la caja y se llevaban para siempre, camino del pueblo distante, á lo largo de la landa solitaria y polvorienta, llena de sol, á la pobre Pepa. Todo se lo llevaban. La tierra hambrienta, que siempre había repug-

nado su alma devota ardientemente del mar, iba encerrando en su seno la carne de su carne y el amor de sus amores. No eran aquellas ondas turbulentas ó tranquilas, sobre las cuales se habían robustecido el brío de sus músculos al servicio de los remos y el valor de su espíritu batallando con la muerte en los días de tormenta, las que le robaban cuanto amara. No; el mar era amigo. No importaban sus cóleras; tras ellas, como en un padre severo, venían las cariñosas mansedumbres.

No lloró, entonces, Celipe. Sabía que con la muerta se llevaban la paz y la alegría de su casa. Por aquel camino, que nunca quiso recorrer, se fueron, con intérvalo de pocos años, sus dichas y esperanzas todas. Primero Celipín, enfermo, á morir en el pueblo; más tarde, Gasparillo, en su cajita blanca, y por último Pepa, en el negro ataud de los pobres. ¡Qué huellas tan tristes debían haber entre el polvo de aquel camino largo, blanco, que seguía á través del llano y allá, en la lejanía, culebreaba repulsivo, solitario, en zig zag, escalando la cima de la montaña tras la que se ocultaba misterioso el pueblo! No lo verían nunca los ojos del viejo Celipe, ni sus piés andarían nunca la senda aborrecida. Sólo muerto, cuando ya no sintiera el dolor de la jornada, lo había de recorrer.

Al llevarse el cadaver de Pepa se quedó solo en casa Celipe. La gente del caserío, marinos, labriegos y salineros, un centenar de hombres, acompañaron el entierro, bajo

un sol que chamuscaba los encanijados arbustos que bordeaban el camino.

Las mujeres, salmodiando frases compasivas, muchas entre sollozos, se despedían para tornar á las casas.

—¡Nada semos!

—¡El camino todos lo andamos!

—¡Tan buena!

—¡Calorcito de madre que no vuelve!

—Ojos que lloraron...

—Miseria y más miseria...

—Solo en Dios fiar!...

Cada cual, entremezclando las frases musitaba un consuelo, trasponiendo la puerta, el gesto grave, la voz opaca, los ojos tristes y en ellos una mirada de resignación pensativa. Fuera, poco á poco, al alejarse, se iban desvaneciendo en un silencio amargo el rumor de los piés descalzos de las mujeres, y en la playa cercana el mar seguía batiendo la orilla, empujando las ondas, clamando quejumbroso, como si sus voces quisieran también testimoniar, á la distancia, el duelo de un amigo.

No había llorado nunca el viejo Celipe; no podía llorar. Al quedarse á solas, entregóse á un cavilar doloroso. En la alcoba, metida en la cuna, dormía Cata, ajena á todo, en la inconsciencia de sus dos años de edad.

Aún no podía darse cuenta Celipe, abrumado por un dolor silencioso, de la certidumbre de su inmensa desgracia. Faltando Pepa, perdíase todo el gobierno de la casa. Había que ver el afanoso interés con que

ella estaba al cuidado de todo. Gracias á su celo y ayuda, prosperaban. Con los ahorros, no solamente mejoraron el ajuar de la casucha, sino que también hallaron á la postre colmadas sus ambiciones, al comprar una barca. ¡Una barca propia! Era el sueño de toda la vida. Al casarse, Celipe navegaba á soldada con su padrino Santiago, buen hombre, chapado á la antigua, que siempre estuvo á la ayuda de cuantos se hacían á la mar, en la barca que patronaba.

Era Pepa incansable en el trabajo. Nunca rehusó labor donde pudiera hallar un jornal por modesto que fuese. Habíase ella contaminado del deseo que inquietaba el ánimo de su marido.

Tenían casa. Era herencia de los padres de Pepa. ¿Cuándo tendrían barca? Tentados de tan legítima ambición, con gusto fueron sacrificando la satisfacción de necesidades un tanto supérfluas, ya al remiendo ella de las ropas viejas, ya él privándose de algunos solaces que exigieran el más mínimo dispendio. Y mes por mes iban viendo cómo aumentaban los dineros ahorrados.

—El año que viene...

—U el otro...

Así, en diálogo breve, hacían cálculos los esposos. Mas, pasaba un año y después otro. Nada; todavía no alcanzaban los cuartos á completar el precio de una barca nueva. Luego, á echar por tierra tan hermosos sueños, vinieron las muertes de los dos chicos y los consiguientes gastos.

A la postre, ya estaban logradas las es-

peranzas. Pronto estaría lista la barca que construían allá en la ciudad y que, dentro de unas semanas, traería á remolque el primer *costero* que viniese á la rada á cargar sal. ¡Ah, ya no la vería ella!

Durante algunos días, después de la muerte de Pepa, estuvo Celipe ensimismado y triste, con un dolor recóndito que no le quería salir á los ojos en lágrimas. No quiso salir á la playa, en la primera semana del luto, y como los compañeros andaban á la mar y al regreso tumbábanse á dormir para descansar las fatigas de la pesca, Celipe hallábase solo en casa. Allí estaba Cata, su hija, á quien necesitaba cuidar.

¿Qué hacer de ella? Entregarla al cuidado ajeno le repugnaba. Él estaría al tanto de todo. Pero ¿y mientras anduviera, de día ó de noche, á la mar? Fué esta su penosa preocupación en los primeros momentos. Bien pronto, Brígida, mujer de un compañero, ofrecióse á tener la niña en casa en tanto anduviese Celipe, en las horas de pesca, á bordo de la barca.

La soledad de los primeros días era más penosa. Cada cosa recordaba á Celipe la pérdida de Pepa, como si en todo hubiese dejado ella una espiritual huella eternamente señalada.

Una noche despertóle el llanto de la niña en la cama.

—¿Qué, qué tienes?

Encendió luz y saltó del lecho. Cogió en brazos á la niña, meciéndola en ellos para que de nuevo se durmiese.

No callaba. Su llanto era fuerte, largo.
—¿Qué, cielo?
—¡Má!
—Duerme, ¿te canto?
Mientras los brazos de Celipe mecían á

la niña, poco á poco fué debilitándose el lloro de esta y al fin durmióse, durmiéndose también en sus labios el penoso grito:
—¡Má! ¡má!
Llamaba con su media voz á la madre. A

Celipe le vino una congoja, y en la garganta se le enronquecía la voz con que continuaba arrullando á la niña para que no despertase.

Casi sollozando repetía:

—Arrorró... arrorró.

III

LA BARCA

¡Ahí está!

La voz corrió enseguida por el caserío. A las puertas de las casas se asomaban las mujeres atalayando la mar á lo largo de la inmensa ensenada. Remontaba entonces la punta de Melenara la barca, la vela desplegada al viento, como una mancha blanca que en la lejanía se desplegaba sobre el azul del cielo claro y de la mar en calma.

Como era domingo la gente de tierra y los hombres de mar estaban en descanso.

Tan pronto circuló la noticia de que estaba á la vista la barca de Celipe, poco á poco, los marineros fueron llegando al sitio donde, en las horas del ocio, acostumbraban reunirse, al ¿oco de la tapia de la casa de Colás, el más viejo de los patrones, aquella tapia donde se colgaban á secar las redes, baja, blanca, delante del patio, que enfrentaba el mar.

No faltaba uno. Los más ancianos aguzaban la mirada, ya débil, siguiendo ávidos la derrota de la barca que, lejos aún, navegaba gallardamente con todo el trapo, en demanda de la playa.

Bahía adentro, corría á un largo, para después, á la altura del caserío, enfilar, viento en popa, la orilla.

Mientras espiaban las maniobras de la barca, en el corro se iban comentando sus condiciones marineras. Chupaban gravemente las pipas, con largos silencios, poniendo en los ojos toda la espectante curiosidad del alma, y cada cual iba traduciendo sus impresiones en voz alta.

—Coge viento.

—A un largo anda bien...

—De bolina, paéceme que trapea.

—Mucho escora...

—Es que trae mar de costao.

—Pero, rompe...

La barca, sin que la vela aflojara un instante, rompía con la proa las ondas, salpicando espumas.

—Buen golpe!

—Ahora, otro...

—Y este...

Nada; la barca cortaba intrépida las aguas, resistiendo la embestida de las tres olas hinchadas, bravas, seguidas, que asaltaron su casco con violento empuje y siguieron, con crestas de espumas, su marcha de avance.

—Buena güiñáa de timón!

—Tiene mano Celipe.

—No hace mal patrón.

Aquel examen, á distancia, de la barca y del timonel, intrigaba los ánimos.

Bien debía conocer Celipe que venía jugándose la reputación suya y la de su barca nueva. Atento á los golpes de mar y al soplo del viento, una mano en la caña del timón y la otra en la escota de la vela, ponía en esta primera jornada como patrón toda su pericia y todo su celo.

Las mujeres á su modo, comentaban también las condiciones de la barca nueva.

Ellas ponían pasión en los comentarios. Discutían á voces, reñían, sin autorizar sus juicios el conocimiento de los marinos.

—Mejor es la de Tiburcio.

—Más grande es esta.

—Pero no es tan velera.

—Ni con tan buen trapío...

—¡Ya quisiera la de Genaro tener nada más que la pintura de esta!

—Cuatro tablas viejas...

—Y haciendo agua...

—¡Pues mira que la de tu marido!...

—¿Qué tiene?

—Más años que tu pare...

—¡Pues, bien sirve!

Ya estaba la barca frente á la playa.

Viró gallardamente, puso proa á tierra, y después de trapear un instante la vela hasta coger viento, comenzó en popa, á correr, saltando el hinchado lomo del mar ó cortando audaz las ondas que se rompían en espumas, con rumbo á la orilla.

Cercana ya, divisaban su casco blanco, recién pintado, rebrillando al sol, y hacia la borda la cinta azul que la franjeaba, y hasta se distinguía bien el número del folio, 340, en caracteres grandes, negros, bien destacados. Ya arribaba, y pronto abordaría la playa. Los hombres se corrieron hacia la orilla.

Entonces se oyó la voz de Celipe.

—¡Arría!

Cayó la vela, plegándose sobre la barca.

—¡Riza!

Fuera de la borda, al caer, la vela se mojaba en el agua, imposibilitando un poco el avance de la barca. Presto comenzó Cabozo, un marinero recio, al servicio en adelante de la barca, á recoger la lona sumergida en las ondas.

A golpe de marea, y con el impulso que traía, la barca continuó deslizándose, á la deriva, ahora de un modo lento, rizando levemente con la proa las aguas, hasta tocar en tierra.

Todos desde la playa saludaron á Celipe. El rostro de éste reflejaba una satisfacción inmensa. Contestaba á las preguntas, de pie en la popa de la barca, aún con la caña del timón en la mano, con aire triunfal, repitiendo siempre, como un estribillo de su orgullo patronal.

—A un largo, ¡venga la que quiera!

Después de viva charla, Colás, el viejo marino, preguntó:

—¿Qué nombre?

El rostro de Celipe perdió su expresión

alegre. Fruncido el ceño, con voz fuerte, pero ronca, contestó lacónicamente:

—Pepa.

Todos callaron. Un aire de tristeza, al evocar la memoria de la muerta, pasó avivando doloridos recuerdos.

IV

MAL DE AMORES

PIÉNSALO, mujer...
—Me gusta, pare...
—Sea...

No cambiaron más palabras el viejo Celipe y su hija. Ella sentíase enamoriscada de Goro.

De nada sirvieron consejos. El mozo, fanfarrón y pendenciero, tocado de holgazanería, con poco apego al mar, no merecía la estimación del viejo. Tan pronto se enrolaba en una barca, saliendo unos cuantos meses á la pesca en oficio de mareante, como desertaba trabajando á jornal en el campo, por la época de barbecho y en la estación de las siegas y trillas.

Sabía el viejo Celipe que Goro, al requebrar á Cata con propósito de desposarla, iba buscando el acomodo en la casa del patrón. La barca rendía buenos dineros y al arrimo de ella podían ir tirando de la vida con bastante holgura. Barca y casa eran pocos los patrones que tenían. A más, el

viejo contaría con algunos ahorros, pues debía rebañar á diario en las ganancias á la mira de comprar, andando el tiempo, una barca nueva, si la de hoy prolongaba sus días resistiendo el desgaste de los años y á los golpes de mar y no iba á descuadernarse sobre cualquier restinga de la costa.

Todo era de Cata. A más, linda de veras estaba la muchacha, garrida y morena, negros ojos y cabellos, lozaneando en el esplendor de sus veinte estíos. Era el encanto de la casa y sus soledades de viudo las consolaba Celipe con el cariño y el orgullo de la belleza de la moza, largamente celebrado por todos. A par que iba creciendo, Cata desplegaba más y más su hermosura. Hija única llevábase las solicitudes amorosas y los mimos de Celipe.

Cuando traginaba en la playa, á la recogida y venta de la pesca que traía la barca de su padre, mirábanla envidiosas algunas compañeras mientras las más viejas, tocadas de espíritu justiciero, la saludaban con lisonjas. Y en las tardes de los domingos, cuando con el vestido nuevo, el pelo bien aliñado, y el rojo pañuelo á la cabeza, anudado en la garganta, que daba sombra á su rostro y hacía más viva la luz de sus ojos rasgados y profundos, se sentaba á la puerta de su casa, mirando pasar indiferentes y monótonas las horas, en la soledad y el aburrimiento del caserío, bien comprendía que haciéndose los encontradizos ó fingiendo presurosas ocupaciones, los mozos pasaban y repasaban cerca de ella,

ganosos de verla y hasta tentados de enamorarla, sin decirla palabra, con tímidos rubores, bajando gravemente la cabeza los galanes si acaso la muchacha, más despierta de genio, se lanzaba á mirarlos.

Eran de ver los apuros de Cangrejo. También él, llevado de invencible querencia por Cata, se aventuraba algunas veces á ponerse al habla con ella. Sentía no tener los corajes de los otros mozos. Llegábase, con el firme propósito de requebrarla, hasta la puerta donde la moza ocioseaba la tarde dominguera, mas al hallarse en su presencia, los ánimos le flaqueaban y trasudaba sin remedio. El, fuerte con la mano en el remo, bravo muchacho en la mar á brazo partido con las *sardas*, delante de Cata temblaba encogido y con miedo. En ocasiones, al ver la timidez del mozo, Cata sentíase acometida de risa.

—¿Qué hay, Cangrejo?

—Pos... digo... ¿está en casa?

—Pare anda fuera.

—Pensé que...

—¿Querivas algo?

—No... Si no está...

—Desembuche...

—Pos... me voy!

El rostro coloradote del mozo encendía aún más su color. Clavados los piés en tierra, permanecía unos instantes sin saber cómo emprender la marcha de retirada. Con acento burlón lo animaba entonces la voz de Cata.

—Hasta más ver...

Luego ahogaba la risa, mientras á largos pasos, como huyendo avergonzado, alejábase Cangrejo.

Ya ella había elegido novio. Bajo la mirada vigilante de su padre que al zoco de la pared de su casa, sentado en el suelo chupaba silenciosa y filosóficamente su pipa, hablaba con Goro. No le dolía al viejo perder su sitio en el corro de los marinos por atender al *moceo* de la muchacha con el novio. Lastimábase de la desacertada elección de ésta. Goro no alcanzó nunca sus simpatías. Siempre concedió sus favorables consejos en pro de Cangrejo. Mas, venciendo sus escrúpulos, no quiso jamás oponerse al capricho amoroso de su hija. ¿Qué iba á hacer? Que se casara con Goro, si por ese lado creía ella que le vendría la dicha. Al consentir, una pena honda le quedaba al viejo dentro.

Probado estaba Goro. Ahora lo tenía al servicio de su barca. No era de casta de marinos, ni el mar le tuvo nunca por devoto suyo. Torpe en las faenas, que no conocía bien, era por añadidura perezoso, como hombre acostumbrado, en distintas fechas, gracias á sus constantes cambios de oficio, á ser medio anfibio, á trabajar en tierra, ya en la labranza de los campos próximos, ya en el laboreo de las salinas.

En cambio Cangrejo era en extremo simpático á Celipe. Cuando se le hablaba del enamoriscamiento del muchacho y de los desdenes de Cata, siempre solía decir el viejo suspirante:

—¡Güen yerno tendría! Un gran apaño pa mi hija ¡Pero, las mujeres, como las velas, según sople el viento!

No olvidaba Celipe el linaje de Cangrejo. Todos los suyos habían sido gente de mar. Conoció al abuelo. Buen hombre era y buen marino. Ya viejo, rebasando los ochenta años, con las piernas paralíticas, blancas las crenchas del cabello como copos de espuma, todas las tardes hacía que las hijas lo sacaran en una silla á la puerta de la casa, sólo para ver el regreso de las barcas en demanda de la costa. Al ver la suya ¡cómo lloraba! ¡Chocheces que lo tornaban niño!...

Fué también un buen marino el padre de Cangrejo. Murió en el mar no se sabe cómo. Su cuerpo no lo escupieron á la orilla las olas. Quizás, rostro al cielo, lo arrastraron las aguas, y sobre ellas andaría errante, con rumbo desconocido, entre el clamor misterioso de los mares, los ojos abiertos como mirando en lo alto la claridad blanca de las estrellas.

Eran amigos. De casarse Cata con Cangrejo el gozo del viejo Celipe no le hubiese cabido en el pecho. Pero, la moza no lo quería. Como padre había aconsejado con prudencia y cariño. Convencido ya de que consejos y advertimientos eran inútiles, allanóse á consentir el noviazgo y luego el casorio, ya próximo, así por la prisa que Goro mostraba y el afán con que secundara sus deseos Cata.

Los compañeros solían, al hablar con Celipe, poner reparos á la boda.

Resignado, contentábase con responder:

—Paciencia... ¿qué remedio? Proa á la mar, y bengan brisotes recios. Ya esta barca no aguanta muchas carenas. Ahora, al timón ella!

Procuraba evitar el encuentro con Cangrejo. Nada decía el mozo. No obstante en su aire aburrido y en sus huraños silencios se advertía una íntima é inconfesada pena.

Al regreso de la mar, ya en casa, antes de la cena, Cata se puso al habla con su padre, que estaba cejijunto, en la boca la pipa.

—¿Habló le?

—Sí; casaos.

—¿Cuándo?

—La semana que entra.

Chupó la pipa Celipe. Calló con largo silencio y con los puños, disimuladamente, se restregó los ojos.

V

A ORILLAS DEL MAR

El grupo de casas parecía acampado en la playa. Ni una sola dejaba de tener la puerta frente al mar. Allí vivían los marinos, patrones y pescadores á soldada que traginaban en las barcas. Todas las casuchas uníanse en apretado haz, como si fueran el techo de una sola familia. Únicamente los muros bajos, dividiendo los patios, señalaban á cada cual sus dominios. A un extremo alzábase la de Celipe.

Más allá, separadas de este grupo y distanciándose entre sí, había hasta una veintena de casas, más holgadas, de mejor aspecto y algunas con un sobradillo por remate, con balconcete al que trepa la escalera de piedra. Aisladas, en medio de huertos de mísero aspecto, resguardábanlas las cercas circundantes siguiendo las lindes de las tierras en que estaban enclavadas.

Otro montón de chozas, lejos de la playa, en el comienzo del llano, indicaban la pobreza de las gentes que las habitaban.

El caserío era extraño. No contaría arriba de cien vecinos. Por un lado miraba al mar; por el otro asomábase al campo como queriendo vigilarlo, quizás con intento de invadirlo andando el tiempo.

Con sólo fijarse en el perfil de las casuchas bien se podría comprender la heterogeneidad de sus habitantes.

Conocíanse á la legua las viviendas de los marinos. Se apiñaban, separándose con un mohín desdeñoso de las otras casuchas. Humildes volvían la espalda á las otras compañeras, un poco más lujosas y por ende más soberbias. Como si todos los amores los tuviesen en el mar, á él sólo daban la cara. Ni una puerta tenían, en la pared trasera, que espiara el campo. Aquel llano descampado, lleno de malezas salvajes, parecía asustarlas.

Adornábanse los muros con las redes puestas á secar ó las velas de las barcas tendidas al sol. Y en los rincones de los patios, tumbábanse sobre las paredes las cañas de pesca y los remos durante las horas de descanso. A más, un olor acre á salitre denunciaba su destino.

Delante de ellas abríase, amplia, inmensa, color de oro, la playa extendiéndose á lo largo de la gran ensenada, que en un extremo se perdía en la tierra baja de la costa y en el otro cortaban riscos basálticos, perfilando en la lejanía su áspero cantil.

Al abrigo de las casuchas, varadas en tierra, estaban en línea las ocho barcas que á diario se hacían á la mar, enseñando el

oscuro hueco de sus interiores y los colores diversos de sus cascos repintados. Algunas, escorábanse sobre la arena, como bestia que se echa á descansar tras largas fatigas. Inmóviles, parecían dormidas. Sólo al entrar en el agua, á la hora del alba, cuando se hacía la gente á la mar, desperezábanse, removiéndose inquietas sobre las ondas calmosas de la orilla.

Distinguíanse también las casas que se aislaban, mirándose sin embargo como viejos amigos. En el alto sobradillo adivinábase el granero; tras aquellas puertas grandes, por donde entraban libremente el aire y el sol, y por donde salía rumor de becerrillos mamones ó relinchos de caballerías, era cosa segura que estaban los alpénderes, al fondo el pesebre y en los rincones los aperos de labranza y los arreos de las bestias. En los patios solían verse los arados en descanso y los yugos en espera de ejercicio. Y en aquellos mismos trozos de tierra, que limitaban las cercas de piedra seca, cuando no se veían los surcos recien abiertos, verdeaban las cebadas enanas, raquíticas, que se doblaban sin jugo que vigorizara sus raices.

Blanqueaban en estas casas las paredes, y en algunas, al zoco de los muros, crecían unos rosales y hasta en un rincón del patio se empinaba, con ridícula osadía, un arbol desgreñado y canijo.

A un lado de la ranchería de los marineros, estaban las salinas, con sus cuarteles simétricos. En éstos el agua rojeaba, so-

leándose y, andando los días, comenzaba á blanquear la sal. Cuando ya estaba cuajada, bien sólida, su blancura, al herirla el sol, hacía cerrar doloridos los ojos.

A orillas de las salinas amontonábanse en desorden las chozas. Eran de piedra seca y sus techos cubríanlos capas de algas resecas ó de paja podrida por la lluvia. Por sus puertas salía un vaho de miseria horrible. Cercanos estaban los apriscos y durante la noche oíase el rumor de los rebaños desvelados al olfatear el acecho de algún perro carnicero preparando el asalto de las majadas, libres de la custodia de los cabreros.

En torno á las chozas sobre las matujas salvajes sacaban al sol las mujeres las ropas de las camas para que las oreara el aire de la mar. Sobre la tierra circundante negreaban aún las manchas de sangre de las reses sacrificadas.

Tenía un extraño carácter el caserío. El centenar de vecinos que lo componían le daban sello originalísimo. Pescadores, labriegos, salineros y pastores convivían en tan corto recinto sin compenetrar sus vidas. Aún siendo amigos, eran extraños los unos á los otros. Apesar de hallarse tan próximas las casas y codearse á diario las gentes, espiritualmente vivían á inmensa distancia. Cada grupo aislábase no obstante el trato contínuo.

No durante los días de semana, en que el trabajo necesariamente los distanciaba, sino los domingos, de paro obligado, era de

observar el espontáneo aislamiento. Al zoco de una tapia, delante de la casa de Colás, el viejo patrón, formaban corro los marinos; á la sombra de una pared congregábanse los labriegos, después de la misa, comentando los augurios de cosecha ó los temores de sequía. Más en soledad los salineros, pobres séres sujetos á mísero jornal, tenidos en olor de ínfima condición social entre sus convecinos, contentábanse con echarse al arrimo de las malezas á dormir gustando con el descanso de una sedante pereza.

Los pastores nada sabían de estos solaces domingueros. Estaban siempre en el llano. Apenas conocían el caserío.

Antes de clarear el alba salían, tras los rebaños, á correr la landa inmensa y retornaban por la noche, cuando ya las tinieblas llenaban el campo. Y siempre igual.

En el silencio del amanecer, las voces que sonaban en el caserío daban idea de su carácter.

En la playa, entre el rumor de las barcas arrastradas al agua, surgía el grito de los marinos empujándolas.

—¡Aaaaa!... ¡juí!

Respondía á este grito la voz de un labriego castigando la yunta.

—¡Ah!... ¡Olavellina!

Y lejano, entre el balar de las ovejas y el ladrido de los canes, el silbo estridente de los pastores.

—¡Fuiii!... ¡fuiiii!

VI

DENTRO DE CASA

A todo se iba acostumbrando Celipe. Mal se dormía en el camaranchón sobre los pedazos de velas viejas, pero ya se haría á ello.

Por descansar unas cuantas horas, en cualquier sitio se dormía bien. Cansado del traginar diario á bordo de la barca, llegada la noche, el sueño le hacía caer en el mísero lecho á gusto.

Ya en la casa Celipe era nadie. Allí mandaba Goro, á quien obedecía en todo Cata. El cariño de la muchacha era para su marido, como si éste la hubiese sugestionado por completo. Al padre le conservaba respeto, y nada más. Bien pronto los esposos integraron los caracteres, acoplando los deseos y hábitos, y bien pronto también entre Celipe y su yerno comenzó á manifestarse una mutua antipatía. Los genios de ambos no casaban. A cada instante surgían discrepancias que, después de degenerar

en ágrias disputas, dejaba los ánimos malhumorados y el trato, durante unos días, era arisco y refunfuñón entre los hombres.

Sublevábanse los corajes de Celipe ante algunas insolentes actitudes de su yerno.

Mas, prudente, no queriendo disgustar á Cata, que siempre tomaba resueltamente el partido de Goro, reprimía la cólera y pasaba por alto, olvidándolos presto, toda clase de agravios.

¿Qué querían? Les daba los rendimientos casi íntegros de la barca. Cata, encargada de la venta del pescado, guardábase, no sólo la soldada de su marido, sino las tres partes que correspondían á su padre como patrón. No le pareció bien á Celipe el despojo, pero conformábase resignado. Sólo reclamaba algo para sus gastos, unas cuantas monedas para tabaco y algún otro menester de poca monta.

Goro no le perdonaba la mala voluntad con que viera siempre su noviazgo con Cata. Al fin logró su propósito, y ahora procuraba cobrarse de los desaires sufridos, malquistando á la muchacha con su padre. Era suya, y bien fácil le era inclinar su ánimo. Pronta á la sugestión y blanda al consejo, dejábase llevar Cata al antojo de Goro. Rebelábase sin motivo contra su padre, contrariando las determinaciones de éste en punto al arreglo de la casa, y procuraba mostrar enojos, aún sin razón, por gesto de más ó palabras de menos, que gastara, sin darse cuenta, Celipe.

Goro, en estas discusiones domésticas,

nunca daba la cara. Hacíase sordo al disputar casero entre padre é hija, como si por completo fuese ajeno á los agravios y reproches familiares. Insinuaba hábilmente resquemores en Cata contra el viejo, pero se cuidaba bien, por lo pronto, de hacer frente, con nobleza de intenciones y con arrogancias en el reto, al impetuoso ademán ó al suplicante gesto, otras veces, del patrón.

A mal traer pusieron el ánimo de Celipe las primeras disputas. Nunca esperó que Cata tan presto le restara respetos y cariños. Aún supo, sin embargo, imponer su autoridad. Resignáronse á obedecer los díscolos, temerosos de perder los rendimientos de la barca. Si el viejo, en un arrebato de cólera, les retiraba todo amparo, en tanto Goro encontrase nuevo acomodo y algún jornal, iban á perder el holgado bienestar en que vivían. Ya, á los pocos meses de casados, cavilaban á diario, cuando estaban á solas, en mejorar de suerte y buscar de paso oficio más próspero, libre de la disciplina patronal del viejo.

A bordo, ya sabía Celipe imponer á Goro su autoridad. En casa, por no disgustar á Cata, transigía humildemente cuando era desobedecido. Pero, ¡en la barca!... Allí era el patrón, y su voz de mando, enérgica y ruda, exigía inmediato acatamiento. Ni en una sola ocasión, propasóse Goro á contrariar las órdenes de Celipe. Era este otro hombre á bordo. Grave, duro el ceño, áspera la voz, erguido arrogantemente en la popa, el sitio de honor, no admitía adverten-

cias ni réplicas á sus voces de mando. Goro, entonces, no osaba siquiera rezongar entre dientes. Bien podía acordarse de los corajes del patrón. Retornaban un día á la playa, después de la pesca. Caldeaba el sol. A la sombra de la vela, tumbado sobre el banco y con la cabeza apoyada sobre la borda, habíase dormido Goro, amodorrado por el calor del medio día y por el monótono golpear sobre el casco de las ondas.

De pronto gritó Celipe, queriendo cambiar el rumbo de la barca.

—¡A la escota!

No se movió Goro. Colérico, exaltado, Celipe ordenó de nuevo.

—¡Arriba en banda!

Goro seguía durmiendo. A una guiñada del timón, la barca se puso al pairo, trapeando lácia la vela. Soltó la caña Celipe, y cogiendo la escota mojada la descargó con fuerza sobre el cuerpo del marinero. Aún dolía á este el golpe y mucho más las irritadas voces del patrón insultándolo.

—Al agua debía echarte. ¡A tu puesto! ¡Pronto!...

—Yo...

—¡Callar! Soy el patrón.

El golpe y la riña agrió las divergencias de carácteres entre Celipe y su yerno. Para sus adentros hizo Goro firme propósito de cobrar la ofensa. No aguantaría mucho tiempo en la barca.

Días adelante, no muchos habían pasado, á la hora de la cena, Goro, en el curso de una charla acalorada, increpó al viejo.

... LA DESCARGÓ CON FUERZA...

Por primera vez se atrevía á rebelarse. Irguióse demudado Celipe.

—Mando callar.

—¿A mi?

— Soy el patrón.

—No estamos á bordo.

—En mi casa.

—¿Qué? En la mía.

—Sí; en la nuestra, añadió Cata.

—¿Cómo?, replicó el viejo.

—En la mía, de mi madre.

Con ademán entre colérico y vergonzoso, que indicaba el desmayo de sus bríos, Celipe solamente contestó:

—Tuya es; tuya...

Calóse la gorra, metió las manos en los bolsillos del chaquetón y sereno, arrogante, traspuso la puerta, sin volver la cabeza atrás.

VII

EN LUCHA

Dos golpes recios dió en la puerta de la casa, Celipe, llamando á los de dentro. Ya estaban estos recogidos. Con su madre, Petrona, que solía llamar también la Reca la gente mareante, vivía Cangrejo. Los apodos parecían vinculados en aquella familia. Rascai, por el genio agrio que gastaba, llamaron, en vida, pues años há que había muerto, al padre del muchacho. Y el linaje de los ascendientes, con su larga lista de sobrenombres, todos sacados de términos de mar, era bastante conocido y jamás olvidado. Ya se ha indicado el lustre, alcanzado por hechos meritorios, de esta prosapia de marineros.

Como no contestaran á los primeros golpes, Celipe llamó de nuevo.

—¡Ah, de casa! Cangrejo, alevántate!

—¿Quién va?

—¡Soy yo. Sal!

Dentro oyóse rebullicio. Charlaban quedamente la madre y el hijo. Era raro que á tales horas llamaran á la puerta, y sobre

todo Celipe. Este, impaciente, aguardaba. Ya era firme su resolución. Puesto que lo echaban de casa, demandaría albergue en la de Cangrejo. Si éste aceptaba, y es claro que aceptaría, que viniese á su barca con media soldada más de jornal. De cuenta y riesgo de Celipe correrían sus gastos personales, mientras en casa de Petrona viviera. Todo menos vivir con su yerno, á quien daba ya por despedido de la barca. Que trabajara Goro en las salinas ó como peón en el campo, si no quería reventar de hambre. ¡Tratarlo así!

Abrióse la puerta, y en el dintel, apareció Cangrejo, echándose el capote de mar sobre los hombros, medio adormido.

Charlaron de largo.

Con el farolillo en la mano, apareció Cata, inquieta, turbada. Andaba buscando al padre, creyéndole en la playa, refugiado por aquella noche, para dormir, en el fondo de la barca. Los golpes en la puerta de Cangrejo la advirtieron de la presencia de su padre en aquella casa. Y allá encaminó los pasos.

—¿Qué hace?

—Aquí.

—¿No va á casa?

—Me echaron.

—¡Genio de hombre! ¿Dónde mejor estar? Ni Goro ni yo quisimos...

—Caigo, hija, caigo. Pronto ha saltao el viento. Yo sé capear el brisote. Tengo arboladura y remos pa rato ¡Me fondeo aquí!

Súbitamente comprendió Cata la situa-

ción. No era fácil dominar los corajes, espoleados por el agravio, del viejo patrón. Lo conocía bien. Y ¿qué iba á ser de ellos, por lo pronto, sin la barca? Cierto que algunos ahorros tenían, pero les era necesario aún el arrimo del padre. Y éste era terco en sus resoluciones. Mejor era insultar á los de la casa, y allí estaba Cangrejo, temblando á su presencia, sin atreverse á decir una palabra.

Entonces Cata le escupió á la cara:

—Son estos ¡ya se vé! Lo han sonsacado!

—No; no son ellos.

—¡Claro! No pudieron conmigo, y quieren llevarse á mi padre!

—¡Calla!

—¿Callar? Que lo oigan, que lo sepan. ¡Comilones! ¡Gentuallo!

Tímido, sin replicar; Cangrejo, retiróse, cerrando la puerta.

Libre el campo, Cata y su padre, solos, quedaron frente á frente. Ella, como recurso hábil, recurrió al llanto, fingiendo angustia, mientras repetía:

—¡Dejarnos! ¡Si viviera madre!

Nada dijo Celipe. Echó á andar, siguiéndole los pasos Cata, sin dejar el llanto que degeneraba en un hipo largo, estertoroso.

Al llegar á casa, salióles al encuentro Goro.

—Misté, patrón, que...

—No se hable más...

Y no cruzaron más palabras. Se olvidaría todo y como si nada hubiese pasado. Convivirían de nuevo en paz. Era lo justo.

No se supo en el caserío lo ocurrido. Los golpes en la puerta de Cangrejo y las voces irritadas de Cata en las casuchas vecinas no fueron oídas por estar la gente á buen sueño. A la siguiente mañana, como de costumbre, el patrón con su yerno se hicieron á la mar.

Desde entonces, Cangrejo evitaba encontrarse cara á cara con Cata. Cuando ésta traginaba en la playa, vendiendo la pesca á las sardineras que recorrían los pueblos comarcanos, si llegaba á tierra la barca en que Cangrejo navegaba, después de ayudar á la descarga del pescado y de los aparejos, quedábase á bordo, encorbado, escondido, achicando con la batea el agua.

Mal día fué aquel. Acababan de varar la barca. Cangrejo recogía los remos que había dejado en la playa para á hombros trasladarlos hasta el patio del patrón, como le había mandado. En corro, las mujeronas, á voces, disputaban vendiendo el pescado. Allí estaba Cata. Goro le ayudaba en el peso.

No había más remedio. Cangrejo tenía que pasar, con el remo á cuestas, por delante de ellos.

Al verlo, Cata suspendió la venta. Con los brazos en jarras, miró insolentemente al muchacho, y luego soltó la risa que sonaba agresiva y burlesca. Las mujeres, contaminadas del buen humor, rieron también. Cangrejo casi no acertaba á andar. Quiso, volverse, tímido y sobresaltado. Más rieron las hembras entonces.

—¡Eh! Pasa, Cangrejo, no te robamos la hermosura, gritaba Cata.

—¡Si es más feo!... añadió otra.

Aguantó la burla. Rehiciéronse los ánimos del mozo, y ya se decidía á emprender de nuevo la marcha. Para disimular la turbación, y como perdonando la mofa, rióse á la vez.

Goro quiso ser cruel y gritóle:

—Anda ¡gallina!

Rápido, transformado su carácter apacible en un instante de cólera salvaje, Cangrejo empuñó el remo con fuerza, alzándolo en alto, y avanzó. Su actitud era trágica, de fiera acometida pronta á matar con rabia, loco de furor, enérgico y altivo. Los pasos sobre la arena eran recios, seguros, rápidos. El remo mojado por el agua del mar, al sol rebrillaba como un monstruoso hierro asesino.

Los ojos llamearon con brillo siniestro.

Al ver avanzar á Cangrejo, las mujeres rebullaron asustadas, y sus gritos clamaron, henchidos de espanto, en el silencio de la playa. Goro intentó huir, corrió.

Ciego iba el mozo ofendido, acortando la distancia, cerca ya del fugitivo.

De pronto sonó enérgica una voz:

—¡Cangrejo!

Era Celipe. Con ojos turbios vió á lo lejos el muchacho, como entre bruma, los cabellos blancos y los ojos vivos del viejo. Soltó el remo, y en medio de la playa quedóse temblando, sumiso como un niño.

VIII

DESERCIÓN

Habían ya madurado el proyecto. Goro no quería salir á la mar. Con los ahorros que guardaba Cata era cosa de emprender un buen negocio. Con los rendimientos de una lonja, en que se despacharan comestibles y copas, podía irse tirando holgadamente de la vida y aún mejorar de suerte. Había que explotar este pequeño comercio, que tanto producia. Con un tenducho de mala muerte contaba nada más el caserío. ¡Y buen pelo que echaba el dueño! Ya se conocía. Prestaba dineros á labriegos y á mareantes; y seguro que no se dejaba ahorcar por cuarenta duros, en blanca moneda, escondidos en el fondo de la caja de cedro.

Fué idea de Goro. Al exponerla á su mujer, Cata la aceptó con entusiasmo. Ya se veía detrás del mostrador, despachando á los compradores, sin tener que bajar á la

playa á la venta del pescado. ¡Poco era el cambio! Goro dejaría la barca, dedicándose, con más descanso, al comercio menudo, y andando el tiempo, caso de prosperidades, al tráfico en grande, convirtiéndose quizás en traginante en granos y hasta tal vez en modesto terrateniente.

Lo que es en el oficio de pescador no alcanzaría fortuna. Así no saldría nunca de la pobreza y estaba condenado á vivir por siempre bajo la autoridad del viejo Celipe.

Cierto que los ahorros, en buena ley, puesto que eran beneficios de la barca, correspondían al patrón. Pero, seguros estaban ellos de que, metidos en la aventura y recobrada la independencia, el viejo no los había de reclamar, ni por su parte se hallaban dispuestos á la entrega.

A solas, aprovechando la ausencia del viejo Celipe, cuando éste cabildeaba con los compañeros al zocaire de la tapia de Colás, Goro y Cata echaban cálculos y hacían propósitos.

Mala era la casucha para establecer el ventorro. Mas ¿qué remedio? Por lo pronto había que conformarse. Ya se levantaría una casa nueva. Con cualquier pretexto Goro hacía viaje á la ciudad, con los cuartos en el bolso, para hacer las compras. Alguien le prestaría bestia en el caserío para la jornada. Y ¡qué sorpresa! Sería un acontecimiento, y los vecinos curiosos se acercarían, al retornar Goro, para presenciar la descarga de los bultos con las mercaderías.

Cajas, fardos, garrafones, ¿qué sería todo aquello? Hasta entonces nada se sabría. A todo trance, y hasta el momento preciso, era necesario ocultar el proyecto audaz al viejo Celipe. ¡Cómo se iba enconar su malhumor entonces!

No importaba. Pues ¿qué se creía? Alguna vez había de ser Goro libre y, si el negocio se daba, rico.

No se dió cuenta el patrón de las cábalas que se fraguaban. Muchas veces sorprendió vivos diálogos entre Cata y su marido, quienes al advertir la presencia del viejo callaban en seco ó derivaban la conversación. A la buena de Dios, nunca cayó en sospechas. Hasta en casa, y era raro, extremaban ahora cuidados y cariños. Mas, eran de recelar éstos, ya que á ellos no le tenían acostumbrado. Por contera, el ánimo del viejo regocijábase con la noticia de ser próximo abuelo. Aquel nieto que le había de venir, con el tiempo perpetuaría su raza de buenos hombres de mar. Cuando lo sentara en las rodillas ¡qué aventuras de mar afuera le había de contar! Y al crecer, ya muchachote, nadie más que el viejo patrón le enseñaría el aprendizaje al remo y bajo su áspera voz de mando aprendería á manejar la vela. Pensando en estas cosas, el contento del alma le relampagueaba en los ojos.

Guardóse el sigilo hábilmente. El primero en despertar todas las mañanas, por antiguo hábito, antes de que en el cielo se apagaran las estrellas, era Celipe. A esca-

pe vestíase la ropa de faena y daba voces á Goro para que se levantara. Ya en facha el viejo dirigíase á la playa para ayudar á sus compañeros á rodar sobre los trozos de madera ensebada las barcas hasta el mar y preparar también la suya. Tardaba siempre un poco el yerno en acudir. Azás perezoso, nunca tuvo diligencia en nada, y menos en las tareas del oficio.

Aquella mañana, ya estaba el viejo cansado de esperar. Goro no venía. Sin duda se había vuelto á dormir y era cosa de llamarlo otra vez. Las barcas de los compañeros llevaban más de una hora navegando á la vela. Cogerían los mejores sitios de pesca.

Mandó llamar á Goro. Mientras tornaba el chico, Celipe impacientábase en la playa. Hincando la vara de la vela en el agua, de pie á bordo, mantenía á flote junto á la orilla la barca.

De pronto, corajiento, gritó:

—¡Eh, Cabozo!... Avía! ¿Viene ese?...

No contestaron. Pero el muchachito, Cabozo, venía hacia la playa.

Al hallarse próximo, de nuevo le interrogó Celipe.

—Como si lo viera... ¡roncando!

—Sí, no...

—¿Viene?

—Dice que no sale.

—¿Está malo?

—Que deja la barca.

No rechistó Celipe. Con voz trémula, ca-

lando el remo, ordenó gravemente al muchacho.

—¡A bordo!

Cabozo aun se permitió decir:

—¿Solos?

—Y Dios.

IX

EL COSTERO

A toda vela bordeaba la ensenada un pailebot. Poco era su avance, á pesar del mucho trapo desplegado al viento. Aun no podía asegurarse, desde la playa, el rumbo que llevaba. Una calma chicha serenaba el mar. Incendiado el aire por el sol, en la lejanía diáfana, á una distancia muy grande, el azul del agua perdíase, sin una línea vigorosa de color que los diferenciara, en el azul del claro cielo, resplandeciente de luz. A lo lejos, surgiendo en el ilimitado horizonte, diseñaba su perfil extraño la costa montañosa de Fuerteventura. Y al sur, en el aire encalmado deshilachábanse en lo alto, flotantes é inmóviles, las volutas de humo que dejara tras sí, hacía ya muchas horas, un trasatlántico en viaje de derrota. Aquel humo que no quería desprenderse de la tierra, sombreando el mar y ensombreciendo el cielo, todavía flotaba en lo alto, como un rastro del afán de los

hombres, de la inquietud aventurera de la vida, fugaz también, pero más duradero que la huella espumante de la estela ya desvanecida. Y es que resulta siempre vano y deleznable el rastro de los hombre que cruzan la tierra, codiciosos, soberbios é intrépidos. El menor soplo de viento, destruye sus osadías, llevándolas á la muerte. Si lanzan á lo alto el humo, insolente como la vanidad, al instante se desvanece; si señala su ruta en el mar, golpeando el agua para que espumee, pronto las ondas recobran su serenidad y su augusto misterio inviolable. Nada humano perdura, ni es eterno...

Como ya habían varado las barcas la gente de la playa solazábase charlando en corro. Al divisar el pailebot, hiciéronse múltiples conjeturas.

—El *Silvador*.

—Que no.

—Apuesto que es el *Antoñita*.

—Pues, yo digo que es el *Santa Providencia*.

Y enredábanse en larga disputa. Ya ponían en claro el color del casco, ya determinaban la clase de arboladura.

Bien podía ser el barco del faro, que costeaba el litoral en demanda de Maspalomas, ó un pailebot de cabotaje que buscaba rumbo para enfilar Jandía ó un costero, al arribo, en busca de sal para continuar después el viaje hacia las costas del Africa fronteriza.

—Que entra.

—Va de largo...

Cambiaban entonces los términos de la disputa. Marinos viejos, estudiando los movimientos del barco, siempre en marcha, empeñábase cada cual en mantener su opinión á todo trance.

El buque, indiferente á estas querellas humanas, seguía avanzando lentamente, trapeando las velas sin que las hinchara un recio soplo de viento.

No entraba en la rada. Los salineros respiraron satisfechos. No tenían trabajo porteando sacos hasta la playa. Sobre todo de noche, al resplandor de los hachos encendidos, chapoteando en el agua, es penosa la faena.

Pero, sus iras se desencadenaron. Era un costero, y no se aprovisionaba en aquellas salinas. ¡Mal golpe de mar le resquebrajara la madera vieja!

En tanto, el barco continuaba su ruta. El recalmón no le permitía embestir mar afuera. Quizás ya cansado de tanto correr los mares, sentía deseos de llegar á la orilla y varar en tierra para siempre. Había que verlo. Parecía, acosado de pena, marchar lento, avanzando poco, con viento contrario, cuando ponía proa á la mar, y en cambio más ligero, un tanto retozón, airoso el velamen, al leve empuje de la brisa y á golpes de marea, cuando enfilaba la costa.

Al anochecer encendió las luces. Parpadeaban éstas, vigilantes, á lo lejos, con los vaivenes del casco sacudido por las ondas.

Y en el silencio augusto de la noche, hasta tierra llegaba el canto lánguido del timonel llorando quizás nostalgias cariñosas ó tal vez nada más que despavilando el sueño.

¡Hermosa visión, encanto de un poeta! En la claridad de las noches de luna, un costero, solitario, silencioso, cercano á la tierra, las blancas velas desplegadas ¡qué impresión más honda deja en las almas que saben verlo! Parece que no se mueve y parece también como una invitación á los espíritus sedientos de lo infinito. La estela que deja tras sí semeja un camino ideal que llama á andar la inmensidad sin término, á vivir unos instantes en lo desconocido misterioso. Si acaso suena la campana, con rumor dulce que corre estremecido sobre el haz de las aguas, llegamos á creer que es una voz amiga que nos llama prometiéndonos la quietud para todas las luchas y el olvido para todos los dolores de la tierra.

Nos tienta sugestivamente arcano y poético. ¿A dónde va? ¿Cuál será su suerte? Y acaso pensamos, un poco filósofos, que á igual incertidumbre en el destino se confían nuestras vidas. Corre á la ventura, al son del agua y bajo la fraterna claridad de los cielos.

Llora y canta como si fuera un sér vivo. Tiene un alma que es toda música y un continente, en el misterio de la noche y en la soledad de las mares, de imponderable hermosura. Solloza el viento en las jarcias y el agua, para dormirlo, blandamente lo cu-

nea. Siempre en sus jornadas le acompaña alguna estrella. Le indica el camino, quizás señalándole al propio tiempo dónde deben ponerse todas las confianzas.

Si una estrella se apaga, al instante una hermana, blanca y piadosa también, viene á dirigir el rumbo y á ser égida. Allí están ellas. Y á la madrugada, un lucero solitario le saldrá al encuentro.

Y en las horas trágicas, cuando los mares se revuelven coléricos amenazando exterminio y muerte, todavía la mirada piadosa, la luz amiga, en lo alto, rompiendo la negrura del espacio, caerá como un último consuelo, misericordia infinita, sobre el casco, negro como un ataud y sobre las velas destrozadas, blancas como cendales de sudario compasivo que, sin asco, envuelva la mísera carroña de nuestros cuerpos, carne en podredumbre necesitada de que la cubra y oculte, también inmensamente compasiva, la pobre tierra.

X

EL GOLPE

Todos intentaron disuadir al señor Celipe. Era verdaderamente una temeridad muy grave hacerse á la mar en aquella barca nada más que con Cabozo, un muchacho que todavía no estaba para grandes arrestos. Con más, al patrón, si bien con ánimos, los años no le habían dejado bríos para en caso de grandes apuros. Hasta que no tuviese á su servicio un buen marino, mozo de fuerzas y práctico en los lances de pesca, no debía salir mar afuera la barca del señor Celipe. ¿Quién iba á estar al cuidado de la vela, en caso de sobrevenir un brisote?

Bien estaba, como patrón, el viejo al timón y á la escota. Pero, de ahí no podía pesar. Al remo, como era necesario, ya nada podía hacer.

La deserción de Goro fué larga y severamente comentada por la gente de la playa. Siempre—decían los mareantes—le tuvimos por descastado. Bueno que si el mar

no le tiraba, hiciese por irse buscando acomodo en tierra.

Pero ¡dejar plantado al suegro así de golpe y porrazo, sin previo aviso, no mediando antes, con bastante anticipación, ni indicaciones, ni siquiera una franqueza en los propósitos, era una gran felonía que acusaba una mala entraña en Goro. ¡Y con los desvelos y fatigas que pasaba por los suyos el señor Celipe! No; no tenía perdón de Dios acción tan ruín y villana!

No valieron consejos de amigos; mucho menos los ruegos de Cata.

Cuando ésta atrevióse á decir á su padre que no embarcase solo, el señor Celipe no hizo otra cosa más que mirarla de arriba á abajo, con ojos hoscos, en los que relampagueó un momento un coraje mal disimulado.

—¿Tú me lo dices?...

—Sí, venda la barca.

Temblóle la mano al señor Celipe. Su rudo puño estuvo á punto de golpear la cara de la muchacha. ¡Ella también, en cierto modo, desertaba!

—No será mientras viva.

Y le volvió desdeñoso la espalda.

Con Cabozo bien se las arreglaba. No prestaba éste, por su corta edad, gran ayuda, pero el mozalbete ponía toda voluntad en mejor servir. No estaba él tampoco, pues la vejez había quebrantado mucho sus fuerzas, para peligrosos y arriesgados empeños.

Los primeros días, con temor de algo y hasta ir probando, no se separó mucho la

barca del señor Celipe de la costa. Mas un día le entraron tentaciones, de seguir avante.

Después de echar al agua la barca, con el auxilio, según costumbre de los compañeros que mútuamente se auxilian en esta faena, á Cabozo le sorprendió la orden dada en seco por su patrón:

—Embarca la vela.

El mar estaba calmoso; resplandecía límpido, con un azul intenso, en una extensión ilimitada. Claro el cielo, el sol alumbraba espléndido encendiendo el aire y espejeando su luz sobre la movible superficie de las aguas.

Después de meter á bordo la vela, Cabozo dijo al patrón:

—Ya está.

—¡Guíndate!

Saltó el muchacho á la barca, y al instante cargaron los remos, avanzando mar afuera. Remando llegaron hasta donde las barcas solían izar las velas y éstas coger viento. Así lo hicieron ellos.

El muchacho, con miedo á una peligrosa aventura, atrevióse á indicar:

—¿Solos, maestro?

—¡A tu puesto!

Seco fué el mandato. Colocóse, obediente, en su sitio Cabozo. No cesaba de mirar á hurtadillas el mar, de ondas quietas en aquel instante, apenas levemente rizadas en espumas por la brisa que venía de mar adentro. También con disimulo, de vez en cuando, escrutaba el rostro impasible del

viejo patrón, serio y de pie en la popa, con la mano en la caña del timón.

Larga fué la jornada que hicieron aquel día. No resultó poco provechosa la faena. Y orgulloso regresó á tierra el señor Celipe patronando su barca.

—¿Veis?, decía á sus compañeros. A esta solo, me basto y me sobro.

—Con buen tiempo... aventuráronse á objetarle algunos.

—Y capeando un temporal. ¡No hay quien me tosa!

Hecho con tanta fortuna el primer intento, ya todos los días la barca de Celipe hacía el rumbo de las compañeras y tanto como ellas avanzaba mar adentro.

Casi llegaban los tripulantes á perder de vista la tierra.

—¡No faltaba más! Donde vayan otros, allí llego yo.

Así decía. Luego, interiormente, regocijábase con la rabia que estas felices aventuras habían de producirle á su yerno. Seguramente, éste creyóse que al dejar la barca ya no volvería á navegar, y el viejo no tendría más remedio que venderla.

—¡Qué chasco! ¡Que se repudra de envidia!

Aquella mañana no apareció muy despejado el cielo. La mar, sin embargo, presentaba un aspecto de calma profunda, tal vez traicionera. Era su quietud silenciosa y torva. Ni hinchaba sus ondas ni clamaba al romperse en espumas asaltando la orilla.

—Suerte será que no salte el brisote, di-

jo uno de los viejos marinos en la playa antes de hacerse á la mar.

—No debes salir, añadió otro, en son de consejo dirigiéndose á Celipe.

Este contentóse con replicar secamente:

—Ayúdenme á varar.

También salía. De cobardes era quedarse en tierra sólo por barruntar que soplaría un poco de viento. Recia era su barca y bueno el aparejo. Cierto que eran nada más que dos á manejarla, pero tan grandes no habían de ser los apuros que, caso de levantarse viento y encresparse el mar, no lograran felizmente ganar la ribera.

—¡Ya verán!... Tengo más corajes que ellos!

Y salió mar afuera, como de costumbre, Al medio día el oleaje comenzó á balancear furiosamente la barca. En la lejanía el horizonte lo cerraban nubarrones, pesados, negros, que avanzaban rápidamente.

—Chubasco en puerta.

No era cosa de cuidado, pero convenía regresar á tierra.

—A izar la vela.

Bien pronto ésta se desplegó al viento.

La barca, con marcha rápida, asaltaba las olas, cortándolas intrépida, con un avance extraordinario. De pronto una racha de viento recio, cambiando la dirección, la hizo escorar de babor peligrosamente.

—¡Arría en banda!

Torpe y asustado, Cabozo no acertó á realizar la maniobra. Renegando á voces, el viejo Celipe apresuróse á hacerla. Mas,

al abandonar el puesto, la barca giró rápidamente, con incontrastable empuje á merced del oleaje, y la caña del timón con gran fuerza impelida le dió un tremendo golpe en el brazo.

—¡Ay! gritó, herido por la agudeza del dolor, el patrón. Mas, repuesto, conservó la presencia de ánimo ante el inminente peligro, y ayudó al muchacho en el cambio de la vela. Después volvió á su puesto de timonel. Pero, no podía sujetar la caña con la mano derecha. Dolíale el brazo con una intensidad angustiosa y á punto estuvo de desplomarse con la *fatiga* que le hacía desmayar todo el cuerpo.

Era necesario ganar la orilla. Con la mano izquierda, apretando los dientes para contener los ayes de dolor, empuñó el timón. Y como si al mismo tiempo quisiera infundir ánimos al muchacho que le miraba, mudo y con los ojos espantosamente abiertos, díjole, intentando sonreir:

—Nada... un golpetazo... nada.

Cuando llegaron á tierra, enteróse bien pronto la gente playera. Era el golpe del señor Celipe de extrema gravedad. ¡Quizás astillado el hueso!

Él continuaba repitiendo:

—Nada...

Todos comprendieron que el viejo se quedaría manco, si Dios no le ponía remedio al daño.

—¿Manco?... preguntó Cata á su marido, después, cuando se quedaron solos.

—Sí;—contestó éste.—¡Un estorbo!

XI

CONVALECENCIA

El golpe de la caña del timón sobre el brazo del señor Celipe fué tan duro que le desarticuló los huesos. Fue necesario llamar al curandero de Sardina, muy afortunado, en esta como en otras ocasiones, en salir airoso en estas curas por milagro. Ninguna ciencia ponía de su parte y sólo una no muy provechosa práctica.

Pero, entablillado el brazo del señor Celipe, comenzó á acentuarse la mejoría. Aunque muchos aconsejaron la urgencia de la amputación, el curandero negóse en redondo y á su imperioso mandato todos se atuvieron. Tuvo suerte, pues no sobrevino ningún daño mayor. Un aliciente más á la fama del cirujano por fuerza, rey del contorno, respetado y temido, siempre con la despensa llena merced á la gratitud pródiga y pronto á despachar para el otro mundo á cualquiera sin que nadie de tamaños delitos le exigiera cuentas.

Muchos días, no se sabe cuántos, pues no se apuntaron, estuvo el viejo Celipe en el lecho. Por más que procuraba mantener la serenidad de ánimo y el temple de fortaleza nativo, recio ante las luchas del mar en ocasiones desesperadas y trágicas, y nunca rendido á los más amargos dolores de la tierra, aún con tanta desgracia como le había acaecido en su larga vida, quizás poniéndolo á prueba, la agudeza de los dolores en el brazo, á cada movimiento que hiciera revolviéndose en el lecho, le hacía gritar de contínuo con ronca voz, que remedaba un angustioso aullido de bestia castigada, de animal herido. Quejábase á violencia, aún cuando, concentrando valores, empeñárase en callar.

Era superior la intensidad de los dolores á su temple de espíritu. Parecíale la queja algo bochornoso, flaqueza del ánimo, cobardía de hembra que no sabe más que llorar con grito histérico.

Pero, le era imposible contenerse. Avergonzábase de su poca resistencia y hasta creía mejor morir, callando para siempre, que dar el triste espectáculo, ante la gente de la casa y los extraños que le visitaban, amigos y camaradas, de un valiente hombre de mar de su calaña y con su historia, llevando á cuestas tantos años de heroicas resistencias y de enormes combates con los elementos en guerra, sobre las olas, llegado al extremo de quejarse como una enferma y de sollozar como un niño. Era, sí, una vergüenza. Pero ¿cómo remediarlo? Bien lo

decía á todos; no era el mismo, no se conocía.

—No sirvo... ya no hay aguante.

—Compare, de ello no se cuide.

—¡Como una clueca!

—Pacencia...

—¡Que no, no grito!

Apretaba los dientes; forzaba la voluntad hasta el último límite, pero al momento, tan intensa era la punzada del dolor, que sus ojos se abrían espantosamente, su cuerpo se retorcía convulsivamente violentado; su rostro, cetrino y tostado al sol, curtido por el aire salitroso del mar, tornábase pálido, densamente pálido, con un temblor de fatiga, y de sus labios abiertos, contraídos, salía el grito quejumbroso, dolorido, muy profundo.

—¡Ay!... ¡Dios santo!... ¡ay!

Andando los días, la curación, lentamente progresando, le trajo alivios. De aquella no se iba. Ya pudo incorporarse en el lecho, y al poco estaba en pie, con el brazo cuidadosamente puesto en cabestrillo.

Pero se aburría. Allí entre aquellas cuatro paredes, la soledad le era insoportable. Hombre de acción, acostumbrado desde chico al tragín contínuo en el mar, la holganza de estos días en forzado reposo agriaban su humor. Solo, al anochecer, cuando los camaradas venían á hacerle un rato de compañía, hallaba contento y solaz el señor Celipe. Estaba, entonces, á todo placer. Enterábase de los lances en la pesca, del estado del tiempo, de los sitios en que ca-

da barca había hecho la faena del día y hasta del orden con que regresaran al varadero.

—¿Quién cargó hoy?

—Tomé. Trujo dos cestas de cabrillas.

—¿Y Colás?

—Perdió tres aparejos.

—¿Y tú?

—Calé el chinchorro. Ná; cuatro bichos. ¡Una miseria!

Al despedirse el señor Celipe recomendaba siempre su barca á los compañeros.

—Dénle una vuelta. Convendría que la remojaran. Con el solajero se resiente.

—Ayer la baldeó Cangrejo. La cuida.

—Si aprieta el sol, que la eche encima la vela.

No quería dar el encargo á los de casa. Después que el yerno la abandonara, ni siquiera volvió á mentarle la barca. Y Cabozo, para no perder la soldada, durante aquellos días de descanso navegaba en la barca de Colás.

La convalecencia adelantaba. Mas apenábale el presentimiento de que pudiera quedarse manco. Sobre todo, la inacción presente contrariaba sus ímpetus poco domeñables.

Un día llamó á su hija. Aquel encierro en el cuartucho, sentado en una silla ó tendido en el lecho, le aburría en extremo.

—Cata.

—¿Qué?

—Quisiera salir fuera.

—¿Pá empeorar?

—No voy más que á la puerta. No me muevo.

—¡Por mí, allá se las haiga!

Y acentuó su respuesta con un gesto de indiferencia y fastidio.

Cuidadoso de no lastimarse el brazo, evitando cualquier tropiezo, llegóse á la puerta, que encontró cerrada. ¿Cómo abrirla? Un esfuerzo con la mano izquierda al descorrer el cerrojo, oxidado por el aire salitroso, podía de nuevo desarticularle el brazo enfermo.

—¡Cata!

—¿Qué quié?

Goro contestaba. Dudó el viejo en llamarlo. Al fin, creyendo peor el silencio, le habló.

—Ayúdame.

El yerno abrió la puerta. Cuando se halló fuera el señor Celipe quedóse atontado y como suspenso. Pareciale que resucitaba. Un mes bien corrido había pasado en el encierro casero. ¡Con qué ansia respiraba aquel aire, acre, confortante, que venía de mar adentro! ¡Con cuánto afán sus ojos procuraban, insaciables, llenarse de aquella luz espléndida que encendía el aire é iluminaba el cielo!

Ya volvía á encontrar sus mejores amigos. En lo alto, brillaba el sol, radiante y soberbio. En frente, quieto, con una mansedumbre extraña, el mar se extendía, azul, inmenso, perdiéndose en los distantes confines. Una vela blanca destacábase en la lejanía.

Y allí en la playa, varada, solitaria y como en abandono, su barca, *Pepa*, esperándole impaciente, quizás quejosa de tan largo olvido. Al mirarla, casi se le aguaron los ojos. ¡Qué sola!

Sin palabras hablóla. No le guardaba rencor. Era ajena á aquel mal que le había causado. Continuaba queriéndola con toda el alma. Pronto, muy pronto, cuando Dios

quisiera, volverían á correr los mares, desafiando el viento, embistiendo alegres las ondas.

Tras la ausencia, ahora parecía quererla más. No la abandonaría nunca. Serían siempre dos viejos que afrontaran juntos el azar y la muerte. ¡Quién sabe! Hasta puede que un día, unidos, hallaran en el mar término á sus vidas.

Para contemplarla más á sus anchas, sentóse en la piedra, como un banco rústico adosada á la pared de la casa. Los ojos tenaces no se apartaban de la barca más que para mirar cariñosos y nostálgicos al mar.

De pronto pasó Cata, huraña, silenciosa. Nada dijo á su padre.

Y el viejo Celipe, evocando sus días pasados, casi volvió á llorar. ¡Cuántas veces, sentado en aquella misma piedra, siendo Cata niña, jugó con ella y le contaba cuentos extraños para saciar las curiosidades infantiles! Y allí, en sus brazos ¡cuántas veces se durmió la pobre huérfana!

Luego, después de recordar penosamente, volviendo á la realidad, desahogó la tristeza en un suspiro.

—No es la misma...

XII

EL DERRIBO

Era punto difícil de resolver. Afrontar con éxito la entrevista era ganar una estupenda batalla. No gastaba buen humor el señor Celipe y además ¿tocarle la casa? Era loca la pretensión. Nada menos que echar á tierra el almacén para construir allí una buena habitación para lonja, con un sobradillo que sirviera de depósito para las mercaderías.

No era de esperar que el patrón se allanara á ello. Tenía una querencia honda por la casa, y sobre todo por el almacén, donde se guardaba todo el menaje de la barca y todos los útiles de pesca. Sillar á sillar podían desmoronarse las paredes, cayéndose de puro viejas. Pero ¡derribarlas á golpe de pico!... Grieteada estaba la techumbre; por las hendiduras no sólo entraba el viento libremente y á su antojo, sino que hasta el sol se colaba retozón y alegre. No valían remiendos. Si se tapaba un agujero, al día

siguiente aparecían otros. Pero ¿qué importaba?

Aquel lugar era siempre el almacén, aunque estuviera en ruinas. Y ¡cómo pronunciaba este nombre, *el almacén*, el señor Celipe! Parecía que de toda la casa, incluyendo el cuartucho donde dormía, lo único que estimaba era aquel lugar, oscuro como boca de lobo, salitroso y húmedo, oliendo á cuerdas embreadas y á destripe de pescados.

Cuando no estaba en el mar, sobre todo los domingos que eran días de forzoso descanso, pasábase el viejo las «horas muertas» en el almacén, colocando las redes, colgando las cañas, enrollando las *liñas*, repasando los alambres de las guelderas.

Y más ahora que se encontraba solo, por la repulsa con que parecía que le trataban los suyos. Menos mal, cuando estaba en la mar. Pero ¡en las horas de obligada permanencia en tierra! El rato de charla con los compañeros en corro se pasaba bien, comentando los lances del día ó rememorando historias ya pasadas de aventuras marineras. Luego, ya porque picara demasiado el sol, ora porque la lluvia dispersara á los tertulianos ¿á dónde ir? Más refugio no le quedaba al señor Celipe que el almacén. Además allí se entretenía trabajando y despavilando las murrias.

¿Quién era, entonces, el guapo que se atrevía á indicarle solamente el propósito, la conveniencia, la necesidad urgente de derribar el almacén para reedificarlo con

muy diferente objeto? ¿Dónde se iban á meter el menaje de la barca y los bártulos pesqueros? El último extremo estaba previsto. Lo de mucho bulto, como remos y redes podía llevarse al patio, cuyas altas tapias lo resguardaban de rapiñas, que no eran de esperar entre gente tan á la buena de Dios; y los objetos menudos, como cajones con anzuelos, rollos de alambre y otros cachivaches, que no podían estorbar en ningún sitio, bien podían acomodarse en los rincones del cuartucho, bastante estrecho á la verdad pero sobrero al caso, donde dormía el señor Celipe, y en último extremo bajo la misma cama del patrón que resultaba un cómodo escondrijo.

En grave apuro estaba el matrimonio.

—Tú se lo dices.

—¿Yo?...

—Sí; como es tu padre ya verás como se rinde. A mí me larga la escandalosa ¡Buen genio tiene!

—No me atrevo.

—Pues, te atreves.

Terminaban en enojos. Goro amenazaba iracundo. Cata defendíase temerosa de las cóleras del viejo, y á la postre convino con su marido en ser ella la encargada de afrontar sin miedo y con la esperanza de éxito la entrevista del señor Celipe.

—Si chilla, coraje.

—Y ¿si pega?

—No le dará tan recio.

—No lo conoces.

—¿Manco? Gato sin uñas.

Día tras día fué Cata aplazando la entrevista. Era muy duro el lance, y siempre, de temor en temor, hallaba una disculpa para dilatarlo. Bien porque, fatigado del tragín, el señor Celipe apenas comía tumbábase á roncar en el camastro, ya porque los humores del viejo, por la poca pesca del día, estuviesen exacerbados, lo cierto es que Cata, pasando un día y otro, no se atrevía á sacar á cuento y con franqueza la cuestión. Las alusiones no hacían mella en el viejo. Que si la techumbre se venía abajo. Bueno, se le echaría un remiendo. Que si las paredes estaban á punto de desplomarse. No había cuidado. Ya tenían cien años en pie y habían demostrado su resistencia. Que el mal olor. ¿Quién oyó nunca quejarse de ello á familia de mareantes? ¿Acaso no había el mismo olor en todas las casas de la ribera? Habría, con tantos melindres, que echarlas abajo todas. Pero, señor, ¿dónde se había criado aquella mocosa?

Al fin, Cata halló coyuntura de abordar resueltamente al viejo.

—Pare, quería decirle...

—¿Qué?...

—Es una cosa... Pensamos que...

—Habla. ¿Quiere Goro volver á la barca?

—No; es...

—¿Cuartos?... No tengo. Todo os lo doy.

—Tampoco. Queríamos arreglar la casa.

—Bueno.

—Pero, el almacén...

—No estorba. Es mío.

—Mejor sería nuevo.

—¡Dios santo! si me sirve bien.

—Pero, nosotros...

—¿También echarme de allí?

—No es echarlo. Es que necesitamos otro cuarto...

Encolerizóse el viejo. Ya no podía aguantar más. A todo trance querían despojarlo de todo lo suyo. ¡Quitarle también el almacén, después de abandonar Goro el tragín de la barca! No; eso no. Nunca lo consentiría.

—Respetive al caso, enjamás.

Cata tuvo una rápida inspiración. Hasta entonces no se le había ocurrido la peregrina idea con que podía dominar la rebelde tenacidad del viejo.

—Es que, pare... ¡vamos á ser muchos!

Y, mimosa, insinuante, indicaba á su padre que en breve sería madre.

Perplejo quedó el señor Celipe. Pronto á las lágrimas, y en extremo blando á las efusiones del cariño, la visión de aquel nieto que vendría, retozón y alegre, á encantar las horas penosas de su ancianidad, le cortó el habla y casi le aguó los ojos. Con larga mirada, henchida de ternura y misericordia, dando en un momento al olvido los agravios pasados, como si con el nuevo sér que venía al mundo esperara que llegase también una santa reconciliación entre todos, acarició el rostro de su hija que, inmóvil, extremando el aire mimoso, también contemplaba á su padre esperando su resolución. Al pronto, nada dijo el viejo. Tremenda era la lucha interior. ¡Tantos recuer-

dos iban á venirse á tierra! Pero ¡cuántas promesas se alzaban también por delante tentadoras y halagüeñas!

Casi entre dientes, como avergonzado, pues parecíale ser cómplice en un crimen consintiendo que demolieran cosas tan queridas, dijo á la Cata:

—Si es por él... sea.

Ya no volvió á entrar en el almacén. Huía de él como acosado por implacables remordimientos. Desde lejos lo miraba con ojos llenos de cariño y de nostalgia. ¡Todo se iba!

XIII

DE BAUTIZO

NIÑA...

La frase, breve y seca, dejó por un instante como atontado al señor Celipe. Todas sus ilusiones, de un solo golpe, se venían á tierra ¡Había soñado tanto con un nieto!

Contentóse con preguntar á la vecina:

—¿Y se parece?...

—A la casta del padre tira. Pintiparada la madre de Goro.

Un desencanto más. La criatura parecía no llevar sangre de los suyos. Hasta en la cara, al decir comadresco, llevaba bien marcado el parentesco con la familia de su yerno.

—¿Morena?...

—No lo parece.

—¡Lástima!...

—Quizás cambie de color. Ya sabes que los muchachos engañan al crecer.

—No; sale á los otros...

Contraria en todo parecíale al señor Ce-

lipe la suerte. ¡Haber estado esperando tanto tiempo aquel nuevo sér, carne de su carne y sangre de su sangre, prolongación de su raza, revisvicencia de su propia vida, y resultar que todos sus sueños se venían con estrépito abajo por azares del pícaro destino humano!

Gran desencanto era que no hubiese resultado varón. Cábalas mil había hecho ya respecto al porvenir del muchacho, así que creciera. Sería marinero, manteniendo en pie el abolengo familiar. Poco había de poder ó haría de él un buen patrón. Barca velera, nueva y de rumbo, había de dejarle en herencia. La suya, aquella *Pepa* varada en la playa, estaba ya muy vieja. Pero rebañando en las ganancias de la pesca, día por día y cuarto á cuarto, la cantidad necesaria, una había de comprar que diese envidia á todos, pues mejor no vararía en la playa ni más resistente navegara por aquellas aguas en unas cuantas millas de la costa.

Pero, ahora ¡adiós todas las bellas esperanzas prometidas! Era niña...

¡Y, si á lo menos tirase á los de su casta! Bien claro lo había dicho la vecina.

Luchando estuvo largo tiempo. Impacientábase por ver la criatura. Sentía su llanto infantil, mimoso y desconsolado, como si le pesara venir á este mundo de dolores y de miserias. Quería contemplarla por si hallaba algún rasgo que recordara á los suyos, y á la vez temía que se desvaneciese esa esperanzada ilusión de consuelo. Por

lo menos, era mejor aplazar, cuanto se pudiera, el triste desengaño. Hasta la naturaleza parecía enemiga.

No había más remedio que resignarse. Quizás, andando el tiempo, pasada la primera impresión de desagrado, al desplomarse tantos y tan hermosos sueños, todo aquel cariño que había ido acumulando en su corazón para el nieto, que pensaba fortalecer espiritualmente á tenor de su propio temple, buscaría á la niña para dárselo desbordadamente. ¿No había querido también siempre con locura á Cata? Cierto que también fue para sus sueños, los mismos de ahora, una contrariedad inmensa. ¡Si hubiese sido un hijo!...

Y en estas cavilaciones, dando un repaso á toda su vida, enlazaba el pasado y el porvenir en una visión rápida, casi detallada, y al vivo.

¿Qué era niña? Pues, paciencia. A quererla y nada más.

Andando los días, entró de nuevo en tribulaciones. No quería adelantar una palabra, porque esperaba que la idea naciera en Cata espontáneamente.

¿Qué nombre iban á poner á la recién nacida? Sin duda Cata se acordaría de su madre muerta. No había que darle vueltas: Pepa se llamaría la niña. ¿Por qué preocuparse entonces? Seguro estaba de que antes de que á él se le ocurriese la idea, ya la tenía bien madura su hija. Era necesario perpetuar, en el nombre, el recuerdo de la santa mujer que murió al dar á Cata la vida.

No habló del asunto ya, convencido de que á su nieta se le impondría el nombre de Pepa en el bautizo.

Pensó entonces en el padrinazgo. También era seguro que se acordarían del pobre viejo. ¿Cómo no le iban á reservar este regocijo? Cierto que Goro y su mujer no le trataban en ocasiones como Dios mandaba, el respeto á los años y la ley de la sangre imponían. Pero ¿qué importaba? Era cosa de contraste en los caracteres. Goro quería mandar á su antojo y el señor Celipe se aferraba á su propósito de no dejar nunca, mientras viviera de ser el patrón en la barca y en la casa.

Señalóse día para el bautizo. Sería de rumbo. Tal vez fuese la última alegría que la ancianidad le permitiera al señor Celipe y era cosa de echar la casa por la ventana. ¡Ya verían lo que era un padrino! Y puesto que los ahorros hechos no servían ya para comprar la barca nueva para el chico, con quien tanto soñara, en parte se gastarían en el ajuar que llevara la muñeca á la pila y en fiestas para solemnizar el fausto natalicio. El vino había de correr á mares y en comistraje lo mejor y más abundante que pudiera apetecerse. Así pensando, sonaba con júbilo la bolsa. ¡Guardaba algún dinerillo...! Y aquellas monedas, que sonaban con rumor tan grato, representaban privaciones, fatigas, peligros. Todo el sudor amargo de su ímprobo trabajo en lucha con las ondas ¡pesaba tan poco convertido en monedas! Pero, si tan escasos eran

los ahorros ¡qué grande alegría iban á comprar!...

Inquieto y medio loco traía al señor Celipe la idea del padrinazgo. Tardaban en comunicarle la noticia, pero ya se la darían. Sin duda confiaban en proporcionarle una sorpresa. ¡Tontos! ¡Si desde el primer momento la sabía!

Hallábase sentado, á la hora de sol, en la piedra adosada, como un banco, á la pared de la casa. Dentro de ella Cata, ya fuera de cuidados, cosía y charlaba con unas vecinas en tertulia de visita. Pensativo, mirando al mar y á la barca, dos amores muy entrañables, el señor Celipe no había parado atención en la charla que las mujeres tenían. De pronto, aguzó el oido, inquieto, conmovido.

—¿Cuándo cristianas?

—El jueves.

—¿Qué nombre?

—Rosalía.

Bien claro lo había dicho Cata. Flaqueáronle los ánimos al señor Celipe, apretó los puños con iracundo coraje y después este derivó en una gran pena, en una angustia infinita, tan honda que ni siquiera pudo resolverse en lágrimas saliendo compasivas y consoladoras á los ojos. Pensó en la muerta, y como si se le desgarrara el corazón en un hondo suspiro, dijo:

—¡También la olvida!...

La conversación dentro continuaba entre las mujeres. Las vecinas, en el empeño de enterarse de todo, atosigaban á Cata con

preguntas. Ella, orgullosa, pregonaba el rumbo del bautizo. Iba á ser sonado, con comida á todo gasto y baile hasta romper el día. No quedaría moza sin convidar y á fe que todas se habían de divertir. Vendría gente de los contornos.

—¿Rumboso será el padrino?

Cambió de humor el señor Celipe. Esperaba que sonase al instante su nombre y saboreaba por anticipado la alegría:

Cata dijo:

—Es madrina.

El viejo sintió que el sol se ocultaba ó que su alma se entenebrecía. Fué á reclinar la cabeza entre las manos y sintió el dolor del brazo manco.

Una de las mujeres preguntó:

—¿Quién es?

—La novia de Julián.

—¡El amo del cortijo!

Cuando se repuso, todavía vivo el dolor, miró espantado y comprendió entonces, más que la ingratitud de los suyos, la imposibilidad de mantener la criatura con un brazo roto.

—Ni para eso les sirvo.

XIV

EN CORRO

Los domingos, siempre días de descanso, era muy animada la tertulia. Toda la gente mareante se agrupaba, en corro, al zoco del murallón delantero de la casa de Colás. Los viejos, entre chupada y chupada de la pipa, charlaban á su antojo, rememorando lances pasados y haciendo cálculos sobre el porvenir. Los jóvenes, admitidos también al cónclave, solían escuchar atentos, sin permitirse el atrevimiento de terciar en la conversación, si no eran consultados. Algunos desertaban de la tertulia. Eran mozos y tenían por más grato un rato de charla con las novias, bien á las puertas de las viviendas, ya muy plantados al pie de una pared á cuyo borde asomaba pudorosamente el rostro, sombreado por el pañuelo de colorines, de la muchacha.

Con mucha frecuencia era tema de comentarios, entre los compañeros, la suerte del señor Celipe. Nunca se le oyó á éste la

menor queja, pero á nadie se le ocultaban los malos tratos de que era objeto el viejo patrón por parte de los suyos. Aquel Goro no era bueno y había de merecer, cuando menos lo esperara, castigo de Dios. Quien tan malas entrañas tenía, no había de prosperar, si quedaba un poco de justicia en el mundo, con larga fortuna.

Lo extraño era que Cata consintiese tantos enojosos desaires con su padre. ¡Ni que no llevara su misma sangre en las venas!

Luego, para rematar las desdichas, el pobre viejo se quedaba manco.

¿Qué iba á ser de su suerte? Muchos ahorros no podía guardar que le permitiesen ir tirando aunque fuese con muy estrecho desahogo de la vida en los cuantos años que todavía le quedaran por delante.

No era cosa ya de pensar en el tragín de la mar. Erale ya imposible. Lo más puesto en razón sería vender la barca. Allí se estaba descascarando en la playa, y con tan prolongado descanso no tardaría en descuadernarse enseñando el mísero costillaje al sol. No valían cuidados. El remojarla, echándola al agua unos momentos, para que, al resecarse, no se grieteara el casco, era cosa de poca monta. Lo mismo que cubrirla, en los días de solajero, con la vela para que el calor no hiciera crugir el maderamen.

El mejor partido que podía tomar Celipe era vender la barca. Pero allí no encontraría compradores. Necesitaba apalabrar á algún marinero de las playas vecinas. Lo

malo sería que, conociendo el apuro que obligaba la venta, no ofrecieran por ella más que un puñado de cuartos, una vergonzosa miseria.

Querría, sin duda, el comprador, valerse de la ocasión á su mayor provecho.

Pero, peor era dejar que el tiempo fuese pasando y que inmóvil sobre la arena de la playa, donde estaba varada, la barca poco á poco se repudriera.

Era muy posible que el señor Celipe aún abrigara el propósito de tomar al oficio. Pero ¿cómo? Loco había de estar entonces, encontrándose, á sus años, con un brazo menos.

Nada; un inútil, sin más amparo ya que el cariño de los suyos.

Bien se cuidaban todos, cuando al corro llegaba el señor Celipe, de cortar los comentarios. Hábilmente se improvisaba un asunto en que entretener la conversación. El viejo, ajeno á lo que pensaban los compañeros, solía hablar de sus proyectos.

—Cuando vaya á *meros*...

Mirábanse unos á otros sorprendidos, con un aire de misericordiosa tristeza.

—Hasta que cures...

—¡Si estoy bueno!

Y el señor Celipe intentaba mover ágilmente el brazo para convencer á sus compañeros que lo tenía tan sano, recio y fornido, como en sus mejores tiempos. Y con el ímpetu, el dolor reverdecíase, agudo y dilacerante. Por más que quisiera con heroica presencia de ánimo disimular la sen-

sación angustiosa, contraíase su rostro, expresiva é intensamente demudado.

En tono de reconvención amistosa, compadecido, decíale alguno:

—¡Cudiao!... ¡No pinturees!

—¿Yo?... ¡No hay quien me maje al remo! ¿Quereis verlo?

Nadie recogió el reto. Piadosos, comprendían la impotente indignación del viejo. Toda una vida llena de proezas, en lucha con el mar, bien podía encontrar, ya inútil, aquel bello gesto de arrogancia y reto. ¡Miseria humana y vanidad de las grandezas! Un leve accidente, el paso de una ola indiferente al afán de los hombres, había bastado para rendir los fieros arrestos de aquel invencible lobo de mar.

Para atajar la cólera del patrón, un compañero le decía:

—Siempre has sido el de más aguante.

—Tú lo dices.

—Y todos en conforme.

Era su triunfo, el historial de su vida, refrendado en público y de modo solemne por sus compañeros. Y el concenso general llenaba de orgullo, que no era vanamente jactancioso, el alma del señor Celipe. Regocijábase como si glorificaran la ejecutoria de sus hazañas, que bien miradas venían á parar en una ancianidad desamparada, en la miseria y sin cariños.

Un día hablóle Colás de vender la barca.

—Te conviene.

—¡Nunca! ¡Nunca!

La respuesta no dejaba lugar á dudas

respecto á los propósitos. No la vendería. Bien seguros de ello podían estar todos. Entonces ¿qué pensaba hacer? Era un misterio.

Tamaña tenacidad era para tomada como síntoma de tozudez senil ó de peligrosa locura.

Peor para él. Ahora podía, haciendo una buena venta de la barca, sin prisas puesto que no era el caso de apuro, coger «una buena porrada de duros». Con ellos tendría apuntalada la vejez. Más adelante, ya sólo podría vender, para leña de horno, las tablas y las cuadernas como madera de deshecho.

La indicación de Colás puso sobre aviso al señor Celipe. Hablóle aquél de que tan largo descanso acabaría por dejar la barca hecha una lastimosa ruina. Era cierto. Por tanto, urgía echarla á la mar y al tragín de la pesca. Mas ¿cómo?

Fué salvadora la idea que se le ocurrió. Con su yerno Goro no había que contar para nada. Desde que desertó y entrado ya en el oficio de traficante á que ahora consagrábase, ni mentársele podían las andanzas marineras. Bien se hallaba—como él decía—en tierra. Añadiendo luego: el mar para los peces.

El señor Celipe se golpeó con la mano la frente. Había encontrado el hombre de confianza para el empeño. Era Cangrejo. Le daría la barca para que la patronara, en tanto su brazo mejorase, según esperaba, sin más gravamen que percibir una soldada

de la pesca como dueño. Cabozo volvería á enrolarse en ella y algún otro marinero había de encontrar Cangrejo para el servicio de á bordo y el tragín de la pesca.

Al hablar al muchacho, el señor Celipe quedóse perplejo, entre entristecido y colérico, ante su respuesta.

—No puedo, siéntolo.

Así en seco. Luego, tartamudeando, dió excusas, vacilante, como avergonzado.

El viejo, con el puño crispado, la mirada hosca, altivo el continente, echóle bruscamente en cara:

—¡Descastado!

No sabía el señor Celipe los motivos que en el ánimo del muchacho, adicto hasta el sacrificio, habían pesado para hacer tan categóricamente la renuncia. Si aceptaba, ¿qué iba á decir Cata? Sin duda pensaría que antes quiso desposarla con miras á adueñarse de la barca, y que no consiguiéndolo por ese camino, se aprovechaba con malas artes de la inutilidad del viejo para conseguirlo muy á sus anchas.

—Todo—pensaba para sus adentros el señor Celipe—se conjura en contra mía. Yo ¡que no he hecho nunca mal á nadie!

Y sobre todo mortificábale el doliente grito que por todas partes escuchaba. Las vecinas á las puertas de sus casas, las sardineras en la playa y los compañeros cuando él se alejaba del corro, no tenían más que una sola frase:

—¡Pobre!...

XV

BEBIENDO Y JUGANDO

En el solar del almacén, bien pronto se levantó una casa nueva. Dos habitaciones bajas y un cuarto alto compusieron la vivienda, tan flamante que igual no la había en el pueblo.

No dejaron de comentar los vecinos el lujo. ¿De dónde había sacado Goro tanto dinero? Ahorros no podía tener; la bolsa del suegro tampoco era de presumir que aguantara tan grandes dispendios. Husmeando, á la postre se sacó en limpio que el compadre, el cortijero que apadrinara á la chica, había adelantado los gastos en calidad de préstamo. ¿Y con qué garantías daba el dinero, cuando su fama de tacaño era conocida y pregonada en todo el término? Nunca se le vió que ayudara á un pobre en sus apuros y mucho menos que sacara adelante á ningún necesitado.

La semilla la prestaba á los labradores cobrándole grandes réditos, y no era pequeño el interés que sacaba á los cuatro

cuartos que usurariamente tenía circulando entre la media docena de terratenientes, con más miserias que campos de labor. El cortijo, en virtud de un retro, había venido á su dominio y usufructo, por poco más de cuatro ochavos. Enriquecíase á costa de la miseria ajena, quedándose con las tierras de los pequeños propietarios, y con el sudor de los braceros, á quienes, forzados por el hambre y bajo el apremio de la familia, explotaba inícuamente.

Orgullosos estaban los marineros de no haber caido en las garras del usurero, quien, con el casorio en puerta, haciendo su mujer á Rosario, hija única y ricachona, redondearía la fortuna. ¡Cualquiera le iba á hablar entonces en diez leguas á la redonda!

No eran muy favorables para Goro las hablillas del vecindario. De no ser Cata hija del señor Celipe, llevando por ende la honradez en la sangre por herencia, las murmuraciones comadrescas puede que hicieran trizas la reputación de la muchacha.

Pero, descartando estas enojosas suposiciones, era inexplicable el desprendimiento del cortijero con Goro. Un padrinazgo, que casi siempre se rehusa por molesto y costoso, no era natural que obligara á tamaño despilfarro.

Díjose después, averiguando aquí, relacionando hechos allá, que el negocio lo llevaban á medias. Goro no llevaba más que una mínima parte en las ganancias. Y puede que fuera verdad.

Fué un acontecimiento. A los pocos días de terminadas las obras, en la habitación baja, con puerta á la calle, se abrió una lonja. ¡Y con qué rumbo!

Nunca la había habido igual en el pueblo, ni en los del contorno.

Allí, detrás del mostrador siempre despachaba durante el día Cata, con la niña en brazos, acomodándola en la cuna cuando tenía que servir á algún comprador. De noche turnaba Goro.

Entonces atendía á los que jugaban á voces y bebían hasta caerse de borrachos. Eran estos la hez del pueblo y de las cercanías. Salineros que dejaban el jornal, ya poniéndolo á una carta, ora consumiéndolo en vino; hijos de labradores, que hurtando en casa puñados de grano, cuando no hallaban á mano dinero, jugaban sin descanso, no trabajando nunca y siempre á la procura de permanecer el más largo tiempo en la covachuela de Goro.

No faltaban á la reunión, por ser la gente de más holganza y de menos recato, ni Panchillo, un salinero de poco aguante en el trabajo, pendenciero por naturaleza, que con el cuchillo al cinto y el insulto en la boca retaba á todo el mundo, sobre todo á los más prudentes y en público, á fin de cobrar fama sin riesgos; ni Julián, el santanero, jugador de oficio y ventajista, que tirando de las cartas y engañando incautos había descubierto el modo de ir pasando alegremente la vida, pues enfermizo, mal educado, no podía lograr provecho en nin-

guna labor y era también rechazado de todo trato con personas decentes. Y por último allí estaba también día y noche, como si fuera su propia casa, á la que rara vez aportaba nada más que para dormir, Gasparo, borracho impenitente, envejecido, con la cabeza cana á pesar de sus treinta años, la cara abotargada de alcohólico crónico y los ojos con cierto estravismo que á muchos imponían miedo como si se tratase de un loco. En los períodos agudos de la borrachera era insultante, agresivo. A punto estuvo, en una ocasión, de degollar traidoramente á un viejo infeliz que quiso llevarlo del brazo hasta su casa.

Mas, cuando ya el mosto lo rendía, dejándolo atontado y embrutecido, acometíanle tristezas suicidas, un ansia de muerte, cuando no se entregaba, quejumbroso y desolado, á llorar como un niño.

Pared por medio de la lonja, dormía, en su cuarto, el señor Celipe. Casi no podía pegar los ojos ninguna noche. Los jugadores vocaban y reñían con escándalo.

—¡Arrastro!

—La sota.

—¡Mato!

Por si la jugada no había sido muy limpia, después de trasegar sendos vasos de vino, los jugadores disputaban acabando por retarse para la calle á ventilar con las dudas las respectivas valentías.

—¡Tramposo!

—¡Ladrón!

—¿A mí?...

—¡Como lo oyes!

Rodaban las sillas y empujaban la mesa que caía con estrépito. Cuando algunos echaban mano de los garrotes, otros sacaban á relucir los cuchillos, cuyas hojas blanqueaban con blancura repulsiva. A veces, en la revuelta, de un palo, la luz se apagaba y en la oscuridad ásperamente sonaban los golpes de los garrotes reciamente blandidos.

De pronto, encendiendo una cerilla en la puerta, Goro gritaba:

—¡Paz! ¡Haiga paz!

Cesaba la lucha, pero las voces persistían.

—¡Cobarde!

—¡Ladrón!

—Nos veremos.

Y la voz de Goro continuaba repitiendo, hasta que se imponía:

—¡Paz!... ¡Que haiga paz!

Al alumbrar de nuevo el quinqué, veíanse rostros congestionados ó lívidos por el coraje de la refriega; cabezas greñudas al descubierto, y los sombreros, polvorientos y pisoteados por el suelo, camisas desgarradas, y siempre cuchillos relucientes en las manos. Con frecuencia, de algunas heridas manaba el chorro caliente de la sangre deshonrosamente vertida.

Temblaba de cólera en su lecho el señor Celipe ante estos escándalos. Mas ¿qué iba á hacer? Tentado estuvo muchas veces de acudir á la lonja y con el mango del harpón arrojar, á golpes, toda aquella hedion-

da patulea. ¡Si hubiese tenido treinta años! Pero ahora, viejo y ¡manco! Y además ¿qué diría su yerno, que andaba tan ufano con los rendimientos del negocio?

Sobre todo cuando alguno de aquellos perdularios insultaba groseramente á Cata, no podía contener el patrón los arrebatos de su genio. No podía explicarse, por mucho que pesara la avaricia, cómo los aguantaba con tanta mansedumbre ella.

También entristecían al patrón las escenas, que sin verlas, pero reconstruyéndolas por los diálogos que escuchaba desde su lecho, se desarrollaban muchas noches en la lonja. De pronto llamaban á la puerta.

—¿Quién vá? preguntaba Cata desde dentro.

—Soy yo. ¿Está mi marido?

—No.

Ocultaban á los jugadores, negándolos á las familias. Muchas mujeres insistían, suplicando, insultando, hasta que, rápidos, brutales, los hombres salían, golpeando entonces con furia á las infelices. Alguna hubo que, con el chico de la mano, esperó hasta clarear del día, para, al salir su marido, pedirle un pedazo de pan con que matar el hambre.

Lo que más le traspasaba el corazón era ver la madre de Gasparo, el borracho, cuando venía en su busca. Quería evitarle la mofa de los chiquillos y que se hiriese al desplomarse en tierra rendido de sueño y ahito de vino.

Buscaba la pobre mujer los mimos más

gratos y hacía las más bondadosas promesas para llevar consigo al muchacho, que resistíase siempre con tenacidad iracunda.

Tenía que ofrecerle vino.

—Ven, en casa lo tengo.

—Págueme una copa.

—No, éste es malo.

—¿Hay mucho?

—¡Sí, hasta hartarte!

Y el ebrio, del brazo de la madre, marchábase tambaleando.

—¡Quiero más. Otra copa!

Y la vieja mujer, resignada, contenta de llevar á su lado aquel sér repugnante, pero entrañablemente querido, no cesaba de repetirle:

—Todo lo que quieras, mi hijo.

XVI

DESPIDIÉNDOLO

Se prolongaba demasiado la curación del brazo. Aquella inacción forzada á que se veía sometido traía de mal talante al señor Celipe. Acosábale muy fuerte la nostalgia del mar y por otro lado sentía también la necesidad del trabajo, pues sus pobres ahorros, que nunca fueron muchos, ahora menguaban de una manera alarmante. No era cosa de comer á costa de su yerno. En los gastos diarios estaba obligado á contribuir á escote.

Cada día daba un tiento á la bolsa, haciéndola enflaquecer y reducirse paulatina pero crecientemente.

Cuando se agotara por completo ¿de qué recursos iba á echar mano el patrón para ir afrontando los apremios del cuotidiano vivir? Al amparo del cariño pródigo de los suyos no podía ser; de la caridad de los compañeros no quería esperarlo. Malbaratar la casa ó vender la barca no era prudente. Quejaríanse, con razón, los suyos si

un extraño viniese á echarlos de la vivienda. Y sin la barca ¿cómo iba á trabajar mañana cuando su brazo estuviese de nuevo ágil y resistente? Ya era mucho, á sus años, descender de patrón con mando á marinero á soldada; con más que la vejez no le consentía ya emprender las faenas de pesca y sólo podía salir airoso al timón, faltándole bríos para lo primero y sobrándole pericia para el último empeño.

Todas las mañanas Cata le saludaba con el mismo estribillo.

—Pare ¿me da eso?

—Aquí lo traigo.

Metía mano en el bolsillo del chaquetón y sacaba las míseras monedas. Era un deber de pagar al día lo poco que consumiera. No había para él caridad en la casa. Y eso que parecían ganar dinero á chorros, según decía, jactándose, Goro á la gente. Mas, delante de su padre, Cata llorábase repitiendo que las ventas iban mal y que ni siquiera sacaban para comer. No lo creía el señor Celipe. Muchas veces, no suponiéndole en casa, había sentido á Cata tirar del cajón de la cómoda y sonar, contándolos, un buen puñado de duros. No tenían corazón. Pero ¿qué iba á hacerse? Su cariño de padre era superior á todo agravio, que era siempre disculpado generosamente. Todo aquel egoismo era obra de Goro. Así, por lo menos, lo comprendía el viejo. ¿Cómo, á no ser por la presión del marido, iba Cata á cobrarle el mísero mendrugo que le daban?

Mas, ella no cesaba de repetir todas las mañanas su eterno estribillo:

—Pare ¿me da eso?

Para evitar la enojosa petición ya tenía cuidado el señor Celipe de dar á punto el estipendio del día. Como la bolsa menguaba todo era echar cálculos el viejo. Contaba y recontaba los ahorros. Todavía quedaba para un par de meses. Y ¿después? No había que pensar en ello. Antes de que se acabaran los cuartos ya estaría de nuevo al trabajo, patronando la barca.

Pasaron los días y también los meses.

El brazo curaba, pero encogido y sin fuerza. Era hombre al agua de no poder encontrar al mal remedio.

Así llegó la hora trágica. Aquel día dió el último tiento á la bolsa, que quedó vacía. Todos sus afanes y sudores, representados en aquellos ahorros, habían desaparecido, sin hallar una esperanza de reponerlos. Delante abríase aun la vida, en el declive doloroso de la ancianidad, con sus mayores crueldades y miserias. Presentábase la vejez con sus soledades y desamparos para el alma, falta de cariños, y con la pobreza extrema y el hambre aguda para el cuerpo, sin hogar en que reposar á gusto por lo menos las fatigas.

Espantoso fué el momento. Temíalo y procuró evitarlo aquel día el señor Celipe. Levantóse con la claridad última de las estrellas, procurando salir de casa sin que su hija lo viera. Anduvo por la playa, mirando echar al agua las barcas y con hondo

descontento, sintiendo por primera vez en su vida una envidia dolorosa, viendo cómo sus compañeros alegremente salían á la mar. ¡Si hubiese podido acompañarlos! ¡Con cuánto placer, entonces, hubiese huido de la tierra, siquiera para hallar por unos instantes alivio á sus pesares y un piadoso olvido para todas las miserias de los seres humanos, codiciosos, brutales en sus cóleras, inconstantes en sus afectos, repulsivos siempre en los accesos furiosos de su avaricia sin límites!

No podía ser. Era preciso afrontar con ánimo todas las amarguras del vivir. Cobarde el espíritu un momento, llegó el viejo á pensar en la misericordia de la muerte.

Pasajera fué la flaqueza del alma. Rehizo el valor y quiso afrontar resueltamente todas las tribulaciones que viniesen á probar su temple.

No tardaron en llegar. Cata estaba allí á su vera, en la playa, pues iba á fregar una cuba metiéndose en el agua. Era imposible la huida.

—Pare ¿y eso?

Desmayáronle todos los bríos al viejo. Nunca creyó que fuese tan cobarde. Calló durante unos instantes.

Cata de nuevo repitió:

—Pare ¿y eso?

Temblándole la voz, el viejo contestó:

—Perdona... hija... ¡ya no tengo!

Y rompió en un sollozo ronco, que le salía de lo más hondo del pecho.

Rápida, volvió el rostro Cata. Llameá-

—¡NO TIENE! ¿Y QUIERE COMER?

banle de ira los ojos, y escupió á la cara de su padre esta frase, estremecida por la cólera:

—¡No tiene! ¿Y quiere comer?

Salióle al encuentro, humilde, conciliadora, suplicante, la respuesta de su padre:

—Por mí no te apures... Por tí lo siento... Pero ¡Dios ayuda!

Terminó allí la escena. Fregó á escape Cata la cuba, y regresó rezongando á casa. Sobre un peñascal, al sol, sentóse el señor Celipe, mascullando su pena, dispuesto á morir allí de hambre, cara al mar, su buen amigo, que azul, tranquilo, rizando levemente sus ondas parecía invitarlo á la paz de sus soledades infinitas.

Allí, mudo, sollozando pasó largas horas. Era su propósito no levantarse de allí.

Airada sonó la voz de Cata, que se asomó al medio día á la puerta de la casa.

—¡Pare!

Volvió éste la cabeza, más temeroso que contento.

—¡A ver si viene!

No había más remedio que acudir. Quizás por compasión no le negarían un sitio en la mesa. Las caras de Goro y Cata expresaban cólera sorda. Comió el viejo en silencio. Con el dorso de la mano á hurtadillas, bajando la cabeza, limpiábase de vez en cuando aquellos gruesos lagrimones que, traidores, asomándose á los ojos, demostraban la interior tormenta de sus penas.

Así iban pasando los días. No cesaban

los gestos huraños y antes por el contrario se iniciaron los insultos. Muchas veces le dijeron que pesaba demasiado sobre la familia. Ellos no podían mantener una boca más. Bastante tenían ya con la niña.

—¿Qué quereis?—contestábales el patrón.—¿A dónde voy? Caridad por unos días... hasta que pueda trabajar...

—¡Trabajar! y al decir esto soltó la carcajada Goro con expresión cínica.

—Trabajar, hombre... ó si no morir. Daré poca guerra...

A solas echaba sus cálculos el matrimonio. Era imposible continuar así. Fué Goro el que halló el recurso y Cata quedó encargada de proponerlo á su padre.

Cumplió, con brutal franqueza, el encargo. Más piadoso, y sobre todo menos ofensivo, hubiese resultado que lo echasen á la calle. No podía ser porque la casa era suya. Mientras estuviesen en pie las paredes nadie le echaría de allí.

Insinuante, como quien da un consejo provechoso, Cata encaróse con su padre diciéndole:

—Pá ayudarse, podía irse á la limosna. Por los pueblos y en los cortijos llenaría las alforjas... Nosotros ya no podemos...

Calló el señor Celipe. ¡Nunca! decíase interiormente. Antes venderé todo y me marcharé á morir, al sol, á orilla de cualquier camino.

Y durante la noche, como enfebrecido, soñaba el pobre hombre, encogido de pena el corazón, que se hallaba de puerta en

puerta, mostrando el brazo enfermo á las piadosas gentes, suplicándoles con quejumbrosa voz una limosna, siempre con el monótono estribillo:

—¡Por amor de Dios!...

Y extendía el brazo y abría la mano, en sueños, tembloroso, fatigado, sollozando.

Y al despertar, sobresaltado, encontrábase la mano abierta... y vacía.

XVII

CRUELDADES DE LA VIDA

Ya iban bien entrados los buenos días del verano. Claro el cielo, su azul limpio era una dulce tentación á volver los ojos arriba, si el sol, agresivo y coruscante no cegara con su luz cruda que encendía el aire, retostaba los campos y caía en haces resplandecientes sobre la ancha superficie de los mares.

La mies ponía tonos de oro en la llanura. En las salinas, los montones de sal, blanqueaban impolutos.

Madrugaban mucho ahora los días. Las barcas salían muy temprano de la playa, sin temores de tormenta, y la pesca comenzaba á ser para toda la gente de playa en extremo provechosa. Ya era tiempo de resarcirse de los meses invernales, con aguaceros, resacas y brisotes, que obligaban las barcas al descanso en la playa.

Con hondo desconsuelo, el señor Celipe había visto llegar los buenos días. ¡Con qué

ansias escudriñaba el horizonte y repasaba el mar!

Ya no quería aparecer más por su casa. Sin embargo, el cariño lo arrastraba, domeñando sus más tenaces propósitos. No podía «amañarse» á estar unas cuantas horas sin ver á Cata. Era ésta el único amor que le quedaba en la tierra.

A verla no podía sustraerse. Un impulso superior á sus más firmes decisiones le empujaba á ello. Pero, demandarle un poco de pan, ni siquiera aceptarlo, si se lo ofrecía, caso que nunca llegó, no lo había de hacer mientras viviera. Más airoso parecíale morir de hambre. Todo, antes que en su casa creyesen que su cariño era asedio de limosnero. No quería llenar el vientre, sino satisfacer anhelos muy hondos de su corazón.

Difícil era afrontar la vida en tan crueles condiciones. Pero jamás demandaría la caridad pública. ¿Qué iban á decir sus compañeros? Contar su situación apremiante era declarar los malos tratos con que los suyos lo angustiaban. Todo menos delatar la ingratitud de Goro y el desafecto de Cata.

Había que ingeniárselas para sacar adelante aquella situación crítica. Por lo pronto, el señor Celipe cuidábase de que no trascendieran á la gente los domésticos sinsabores que le arrojaban, como un náufrago sin amparo y en la mayor soledad, á las inclemencias del tiempo y á los rigores de un abandono implacable.

Ya había encontrado donde dormir. Las

noches eran de una calma plácida. Sereno el aire, la luna enviaba su luz tranquila á dar un aspecto de paz y de reposo á la tierra.

Al zoco de la barca, sobre la arena humedecida de la playa, se podía dormir á placer. Mucho mejor que bajo aquel techo, tan amado antes, ahora enemigo, donde no se podía descansar sin tribulaciones y sobresaltos.

Para comer, los afanes multiplicábanse y el ingenio no salía victorioso en los graves apuros. ¿Cómo confesar que se padecía hambre?

Seguro estaba el señor Celipe de que en cualquier hogar donde reclamase amistosamente un sitio en la mesa, no sólo no se le había de negar, sino que se le concedería gustosamente. En la casa de uno de los compañeros, en la del primero á quien acudiese, hallaría lecho donde dormir y un pedazo de pan que comer.

Pero, no se atrevía...

No salió mal del primer apuro. Sentóse á la puerta de Cangrejo. Conversó con éste largamente. A la hora de la cena, el muchacho estuvo indeciso antes de entrarse en casa. Ya varias veces, desde dentro, le había llamado su madre para cenar.

—Patrón, entre.

—Ya comí.

—¿Antoavía?...

—No; pero... me voy.

—Háganos compañía.

—Me esperan.

Y al decir esto su voz temblaba, mojada en lágrimas, que procuraba el viejo disimular.

Molesta por la tardanza, hacía su aparición en la puerta la madre de Cangrejo.

—¿No oyes, condenado?

—Ya iba, mare. Decía al patrón...

Al reparar en éste, enterada de sus excusas, la pobre mujer insistía suplicante:

—Venga, compare. Es caldo de pulpos. ¡Ya verá, ya verá!

—Si que estarán buenos...

—Ná; entre á probarlos.

Como el viejo aún se resistiera, la pobre mujer insistía:

—A probarlos... ¡á la fuerza!

Cangrejo, entre temeroso y con cariño, cogió al señor Celipe del brazo haciéndole entrar en casa.

Aquel día pudo comer. Pero ¿y los siguientes? Así no podía continuar. Sentía una gran vergüenza y además acobardábanse sus ánimos ante las contingencias de mañana.

Durante una semana pudo remediarse. En los campos vecinos segaban la mies y en las eras comenzaban, los más adelantados en la recolección, á trillarlas. En grandes gavillas los haces de trigo se amontonaban en el campo. A hombros los labriegos los conducían, sudorosos y fatigados bajo un sol agresivo, hasta la era donde más tarde aventarían la paja recogiendo el grano. La cosecha del año no podía ser más abundante. Una alegría sórdida ani-

maba las conversaciones de la gente del campo.

No era el señor Celipe muy devoto de las trillas y de las labores rurales. Hombre de mar, todas sus aficiones estaban circunscritas á la playa.

Pero la necesidad le empujaba, frecuentando ahora las eras, porque, á más de distraer sus penas, á la hora de comer no se regateaba un sitio á nadie. En la mesa común, con vituallas en abundancia, todos los presentes tienen «asiento y cuchara».

—¿Qué viento te trae?

—A largar penas. Como ando aun manco...

En unas eras invitábanle á sentarse bajo el sombrajo del techo de un establo; en otras hacíanle, en son de complacerle, sentarse sobre un trillo y dar vueltas y más vueltas al tirón de las caballerías brutalmente castigadas.

A la hora de comer, los trilladores hacían corro en torno de la olla de potaje humeante. Fatigados del rudo laboreo al sol, y medio asfixiados por el polvo de las parvas que aventaba la brisa, engullían con ansia desapoderada, de bestias famélicas. Con idéntico afán, después de desahogar la fatiga resoplando á placer, los caballos de la cobra sorbían ansiosos el agua en las cubas, agotándolas al instante y las yuntas desuncidas, libres del duro yugo, á la sombra de una tapia ramoneaban los yerbajos resecos que les servían de ración.

—¿Qué?... ¿no viene?

—Soy mirón.

—Arrejálese, señor Celipe. Pá todos hay.

Y el viejo ante tantas súplicas se acercaba al corro, y comía. Procuraba siempre disimular su situación. Iba á las eras—según decía—sólo por distraerse y matar las manías de su forzada ociosidad. Allá, junto á la playa, se aburría soberanamente. En casa, también, como en nada podía ocuparse, á causa de la rotura del brazo, el estar mano sobre mano, en un descanso á violencia, le ponía de mal humor. Por eso se echaba al campo, para ver aquella copiosa cosecha que era una bendición de Dios.

Bien pronto los prados fueron segados, las parvas se trillaron en poco más de una semana en las eras, aprovechando el buen sol, y el grano se amontonó, tras un constante acarreo, en los trojes y la paja depositóse agavillada en los almacenes de los cortijos.

Ya no había donde ir ni siquiera por las sobras del comistraje.

Entonces comenzaron para el señor Celipe los trances duros. Pasóse un día entero sin comer. Por la noche no pudo dormir.

El hambre despavilábale el sueño y mil ideas pasaron atrevidas, amargándole aquellas horas de angustia, que parecían, trágicas y desoladas, no acabar nunca.

A veces, desfallecido, implorando la misericordia de lo alto, esperó tranquilo el momento de morir...

XVIII

RESOLUCIÓN EXTREMA

Era atroz la idea de morir... Sobre todo de hambre y de abandono. Ánimos le sobraban para afrontar de nuevo, y con la misma tenacidad de antes, la lucha por la vida. Pero, con un brazo menos, ¿cómo emprender de nuevo el fatigoso trabajo de la mar?

Había que tomar una resolución. Lo mejor sería ir á la ciudad distante á buscar un sitio en un asilo de viejos inválidos. No habían de cerrarle allí las puertas, al menos por caridad.

Era necesario aprovechar la soledad de la noche. A través de las tinieblas buscaría el camino, emprendiendo la jornada, y cuando el sol saliera ya estaría á larga distancia del caserío. Dormido éste reposaba en medio de un silencio solemne. Ni un resplandor se advertía saliendo fuera de las casas por las rendijas de las puertas. Lejano, apenas se oía el ladrar de un perro,

agorero y trágico, corriendo el llano y perdiéndose sobre el haz tranquilo de las aguas.

Era el momento. Convenía emprender la marcha, sin dilaciones, antes que clarease el día. Trató de incorporarse el señor Celipe. Logrólo al fin, con dificultades, pues la debilidad le había restado todas las fuerzas y por añadidura no podía valerse de aquel brazo enfermo, causa de todas sus cuitas dolorosas.

A la vista de la barca, que iba á abandonar, que tal vez no volvería á ver nunca, sus ánimos flaquearon y á punto estuvo de llorar en silencio. Sin sus amantes cuidados ¿qué iba á ser de ella? Sus destinos corrían parejos. Él dejaría sus huesos en un lecho de hospital y ella sus tablas viejas en el rincón de una leñera. Tantos afanes y venturas ¡á qué mísero término venían á parar!

No era justo separarse para siempre. La ciudad estaba muy distante y una vez ingresado en el asilo no podía desertar nada más que por el pueril capricho de ver de nuevo su barca. Y ¿cómo podría resistir la nostalgia del mar y la ausencia de sus compañeros?

Descartó en sus cálculos el viaje á la ciudad. Mejor era irse al pueblo. No estaba muy distante. A más de dos leguas, detrás de las altas montañas que cerraban al norte el horizonte escondíase, muellemente tendido en el llano, enclavado entre huertas de higueras, con sus caserones anti-

guos, restos de un pasado esplendor en días de grandeza.

Allí, sin duda, encontraría acomodo, como cabrero pastoreando un ganado. Con el brazo que le quedaba sano aún podía tirar una piedra para hacer entrar en el hato á una res arisca. Teniendo por amigo y camarada un buen perro, saldría triunfalmente en su nuevo oficio. Cierto que le repugnaba el pastoreo. Hombre de mar, nacido y criado en la playa, viviendo siempre en lucha con las ondas, resistíase, con invencibles ascos, á emprender cualquier trabajo tierra adentro.

Era duro para quien, recia la mano en el remo ó perita agarrando la caña del timón, había luchado, heroico el continente, bravío el ánimo, contra los vientos desencadenados, las ondas rugientes y las costas traicioneras, tener que andar ahora, calmoso, vigilante, tras un rebaño, corriendo los campos y cruzando los caminos polvorientos. Y siempre igual.

Es verdad que la soledad no le espantaba, pues á la de las aguas hallábase acostumbrado. Pero, á sus años, ya le sería difícil amoldarse á la nueva vida, hasta que se habituara al trato con las reses y trocase el viejo amor á los mares por el nuevo que le esperaba á la tierra.

Pero, no había más remedio. Resuelto ya, antes de que otra vez, de cavilación en cavilación, volviera á flaquearle la entereza de ánimo, púsose el señor Celipe en marcha.

Nada llevaría consigo. Si pudiese hasta de la ropa marinera que llevaba encima se despojaría Mala facha haría sin duda con aquel pantalón azul y aquella blusa de faena, prendas que viste toda la gente de mar, metido á pastor y conduciendo un rebaño á través de la llanura. Quizás se le rieran. No importaba. Ya cambiaría la vestimenta así que pudiera.

Anduvo un largo trecho, rebasando el límite de la playa. Allí estaba el caserío envuelto en el mayor silencio.

No tardaría en amanecer. El lucero de la mañana, despidiéndose, parpadeaba melancólico y solitario en el alto cielo.

Para llegar al camino érale indispensable pasar por delante de su casa. Apagaría todo rumor de pasos en evitación de que lo sorprendieran. No se advertía luz dentro por los resquicios de la puerta. La lonja estaba cerrada y en silencio. Sin duda se habían marchado ya los jugadores y en la casa descansaban olvidados de los desvelados afanes del viejo. Mejor era así.

Detúvole, al pronto, en su marcha un rumor extraño. Parecía gemir de un sér humano. Con cautela acercóse el señor Celipe. Era la madre de Gasparo que, velando á éste, que roncaba tendido en el suelo, borracho, lloraba y gemía con hondo desconsuelo. La pobre mujer, con la cabeza del muchacho apoyada en su blando regazo, vigilaba amorosa y abnegada su sueño, sola en la oscuridad de la noche y en medio del silencio del caserío dormido.

Desvióse del grupo el señor Celipe para que no le conocieran. Y entonces vióse forzado á deslizarse junto á las paredes de su casa, en demanda del camino.

Sus piés claváronse en el suelo. Próxima, á muy poca distancia, tras aquellos muros sonaba la voz de Cata, querellante y mimosa, arrullando á la niña.

Arrorró, niña chiquita,
que tu madre no está aquí...

No pudo andar. Mudo, conmovido, permanecía allí escuchando aquel cantar de cuna con que todas las madres duermen á los niños.

De su ensimismamiento vino á sacarlo unos golpes que sonaron á distancia. Ya se anunciaba, con claridades indecisas, el cercano día.

Y el señor Celipe oyó la recia voz de Colás que gritaba, llamando á Cangrejo:

—¡Eh!... ¡Arriba!

Fué esta voz como un súbito despertar para el viejo patrón.

¡Cuántas veces había sonado también la suya enérgica é imperativa! Y ahora en la ancianidad desertaba, abandonando la ribera que era como hacer renuncia á toda su vida.

Aun le sobraban ánimos. Al calor de los recuerdos, avivados súbitamente, resurgían dentro de él las antiguas fuerzas de patrón. A punto estuvo, llevado de un momentáneo extravío, engendrado sin duda

por la extrema debilidad en aquel largo día de hambre, de llamar á la puerta de su yerno, como antaño, con recio grito de mando y pronto á hacerse obedecer, para que acudiese al instante á la playa y hacerse sin dilaciones á la mar.

Aquel era un momento decisivo. Con rápida visión sondeó el porvenir. Era necesario jugarse la suerte.

Y volviendo la espalda al llano, cara al mar, de donde venía una brisa fresca con el rumor inquietante de las aguas, dijo resueltamente:

—A la tierra no; ¡al mar!

XIX

MAR AFUERA

¡Que madrugón, Celipe!

—Como siempre, compare Colás.

Ya traginaban por la playa los hombres de las barcas, prontos á hacerse á la mar.

—Echar una mano á la mía.

—¿Pá qué?

—Voy á remojarla. Con este sol...

También ayudaron á echar al agua la barca del señor Celipe. Cuando, entró en ella, como si respirase á placer con la frescura de las ondas, después de tan largos días de descanso, esponjóse satisfecha, removióse saltona, ávida de lanzarse como en sus mejores tiempos, mar afuera.

—Todavía tiene arranques.

—Como un potro nuevo.

—No la aguantas, Celipe.

Y el viejo, con las alabanzas que de su barca hacían los compañeros, resoplaba gozoso.

—¡Es una gloria!

Una tras otra fueron saliendo á golpe de remo, las barcas. Quedó sola junto á la playa *Pepa*, la del señor Celipe.

—¿Quiés mantenerla?, dijo, encarándose con la mujer de uno de los marineros que estaba aun en la playa. Ella, condolida, prestóse con gusto.

Ausentóse el viejo, y á los pocos instantes reapareció con los remos al hombro, que colocó á bordo.

—¿Tamién los va á remojar?

—Sí; pa que no se pudran... Aguanta un poco más.

Llegóse hasta la casa de Cangrejo. Pidió á la madre de este algunas vituallas en calidad de préstamo.

—¡No faltaba más! Lo que quiera, compare.

Ya con ellas tornó á la playa. Remangóse el pantalón y saltó á la barca.

—Espera, Tomasa.

Vió ésta que el viejo revolvía en el fondo de la barca. Allí, á proa, bajo el *eito* estaba la vela, y en su sitio las cañas de pescar.

—Empuja, Tomasa.

—¿Pá qué más?

—Empuja, dijo. Con fuerza...

Empujó ésta la barca y avanzó, balanceando coquetamente el casco sobre las móviles ondas que venían rumorosas á desmayar en la playa.

—¿Qué hace, patrón?

—Ya ves.

Caló los remos. Le era imposible bogar

con los dos. Aquel brazo roto le inutilizaba en el trabajo. Entonces probó con uno solo colocándolo á popa, y moviéndolo enérgicamente, con tirón desesperado á compás. La barca lentamente avanzaba mar afuera, alejándose, como impaciente y audaz de la orilla. No parecía sino que el alma, más que la fuerza del viejo, la empujaba.

Comprendiendo la locura del señor Celipe, Tomasa, después de intimarle que desistiera de sus propósitos, comenzó á llamar á las vecinas con gritos alarmantes.

—¡Señor Celipe!

Nada; éste no contestaba. De pie en la popa, esgrimía corajiento el remo que hundía la pala en el agua y levantaba al aire salpicaduras de espuma.

Tomasa voceó de nuevo, vuelta al caserío.

—¡Acudan! ¡Cata! ¡Cata!

Salieron, á los gritos repetidos, las mujeronas á las puertas de sus casas.

—¿Qué?... preguntó una.

—¡Miren!

Y señalaba la barca del señor Celipe que seguía trabajosamente su marcha.

Entonces, todas las voces resonaron asustadas en la playa, con un solo grito:

—¡Cata! ¡Cata!

Salió ésta, también, á la puerta de su casa.

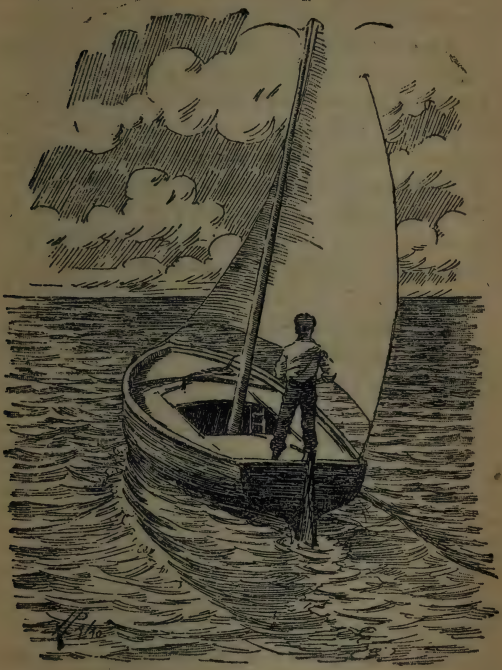
—¿Qué me quieren?

—¡Tu padre!

Ya muchas se habían acercado á la pla-

ya y llamaban al viejo con voces reñidoras y con voces suplicantes.

No hacía caso á nadie. Cuando estuvo distante de la costa, quitó el remo. Todos



creyeron que, atendiendo á los ruegos y convencido de la temeraria aventura, el viejo patrón dejaría que la barca regresara á la orilla á golpe de marea.

Bien pronto se desvanecieron las espe-

ranzas. A bordo se izaba la vela. Esta cogió viento y blanqueó al sol. Junto al timón, rígida, rostro al mar, de espaldas á la tierra, como si la despreciara, veíase la silueta del señor Celipe, gallarda y animosa como en sus mejores tiempos.

Ahora, impelida por la brisa, la barca se alejaba cortando intrépida las ondas, dejando tras sí la estela como un surco de lágrimas. Piadosas las aguas la borraban muy pronto, cual si de aquella vida dolorosa quisieran desvanecer hasta la huella. El viejo amigo tornaba á sus jornadas por el mar, y así lucía más azul el cielo y estaba más tranquila el agua y más retozón el viento.

Al pasar la barca de Celipe junto á la de Colás, que calaba el chinchorro, este comprendió la extraña locura, y gritóle:

—¿Dónde vas?

—Mar afuera.

—¿Solo?

—¡Y Dios!...

FIN DE «MAR AFUERA».

ÍNDICE

	Páginas
Calando el chinchorro	9
Años atrás	20
La barca	27
Mal de amores	32
A orillas del mar	38
Dentro de casa	43
En lucha	49
Deserción	54
El costero	59
El golpe	64
Convalecencia	70
El derribo	77
De bautizo	83
En corro	89
Bebiendo y jugando	95
Despidiéndolo	102
Crueldades de la vida	110
Resolución extrema	116
Mar afuera	122

Imp. de la *Biblioteca «Patria»*.

Author Guerra, Angel 263417 LS G 934m

Title Mar afuera.

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU